LA MALDICIÓN DE
CASANDRA



GREDOS

LA MALDICIÓN DE
CASANDRA



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé Fernández
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-9100-4
Depósito legal: B 22228-2017

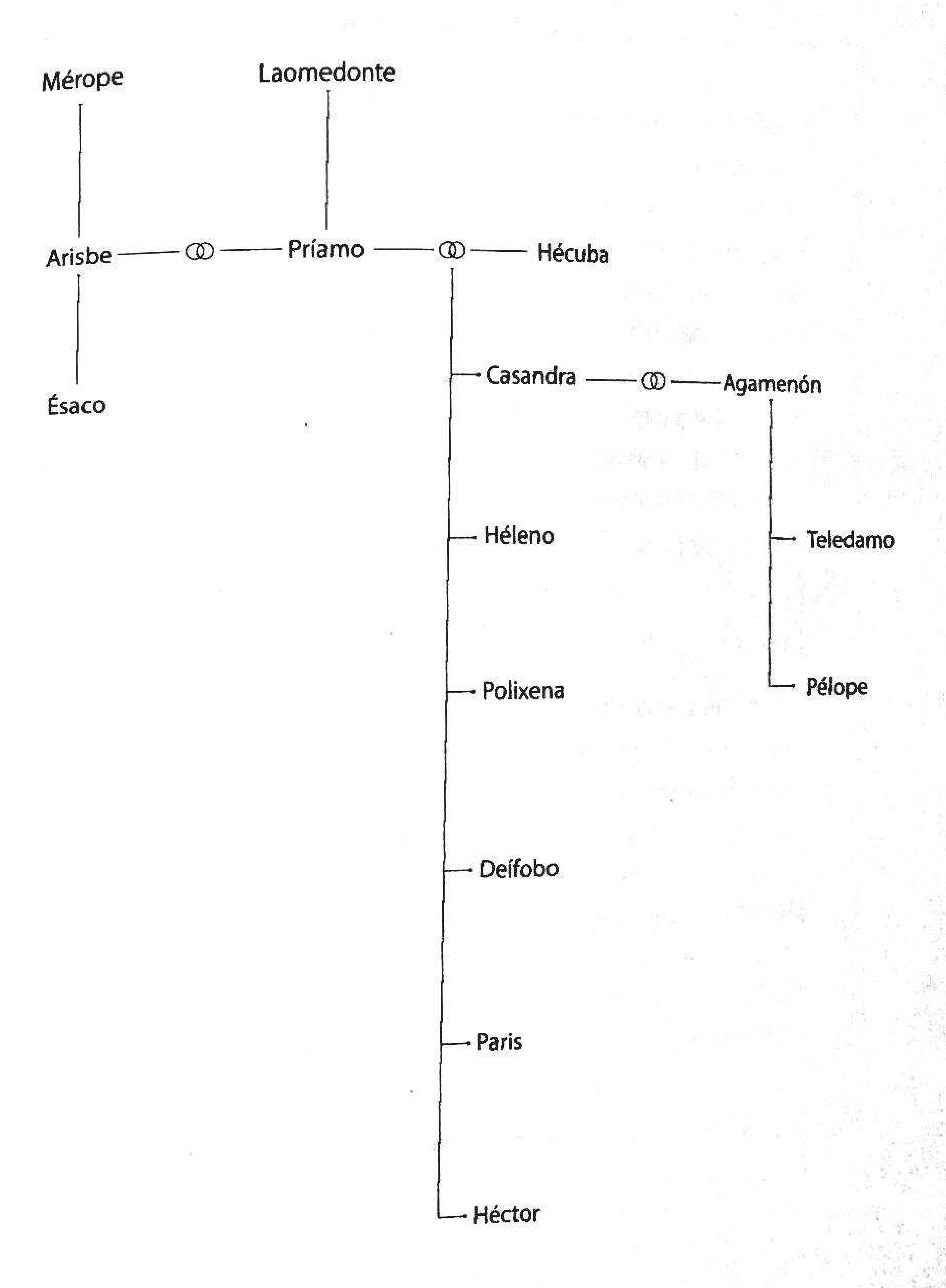
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

¡Ay, ay de mí, desgraciada! ¡Infausto destino!
¡Anuncio que colma la copa de mi propio infortunio!
¿Para qué me trajiste aquí —desgraciada de mí—, sino
a acompañar a otro en la muerte? ¿A qué, si no?

Agamenón, Esquilo

Genealogía de Casandra



Dramatis personae

Los helenos

Agamenón – rey de la poderosa ciudad de Micenas, hermano mayor de Menelao y jefe supremo del ejército heleno en la guerra.

Clitemnestra – reina de Micenas, esposa de Agamenón y hermana gemela de la bella Helena.

Egisto – primo de Agamenón y amante de Clitemnestra.

Menelao – rey de Esparta por su matrimonio con Helena y hermano de Agamenón, el marido afrentado por el príncipe troyano Paris.

Los troyanos

Casandra – princesa troyana y sacerdotisa de Apolo cuyos vaticinios nadie cree a causa de la maldición que le lanzó el dios.

Deífobo – príncipe troyano, heredero del trono y general del ejército de Troya como sucesor de Héctor.

Héctor – heredero del trono y comandante del ejército troyano.

Helena – esposa de Menelao y célebre por su belleza. Su huida con Paris de Troya provocó la guerra.

Héleno – príncipe troyano, hermano gemelo de Casandra, experto en el arte de interpretar los sueños.

Hesíone – hermana de Príamo, raptada por el rey heleno Telamón de Salamina.

Lisímaca – princesa troyana, hermana de Casandra.

Paris – príncipe troyano, hijo de Príamo y Hécuba, criado por Agelao.

Polixena – princesa troyana, hermana de Casandra.

Príamo y Hécuba – longevos reyes de Troya, célebres por su generosidad, padres de numerosos vástagos.

Agelao – antiguo mayoral del rey Príamo, crió a Paris como si fuera su propio hijo.

Los inmortales

Apolo – dios olímpico del conocimiento y la adivinación, famoso por los oráculos que profieren sus sibilas.

Atenea – diosa de la sabiduría y la estrategia, favorece al bando heleno por animadversión a Paris, que le negó la manzana de Eris, la discordia.

1

La condena de Apolo

La negra noche había desplegado su estrellado manto sobre la anchurosa tierra y el más profundo de los silencios reinaba en el palacio de Troya, donde residían los orgullosos soberanos de Ilión. Con la excepción de los somnolientos guardias que vigilaban la fortaleza y escudriñaban el horizonte, apostados en las almenas, en la ciudadela todos dormían, algunos con un sueño pesado y muy profundo, como el poderoso rey Príamo, otros con el despertar ligero, como la pequeña princesa Casandra. Los sonidos de la noche despertaban a la niña, que a menudo se escabullía del lecho a hurtadillas y se apostaba en la ventana para descubrir al búho que había perturbado su sueño o para contemplar el zigzagueante vuelo de los murciélagos contra la bóveda estrellada. A Casandra la oscuridad no la asustaba, y las criaturas nocturnas, lejos de atemorizarla, le producían una extraña fascinación.

Pero aquella noche no fueron los impertinentes búhos quienes despertaron a la joven princesa, sino el angustioso grito de su madre, la reina Hécuba, que dormía junto a su padre en una estancia cercana a la suya. La reina volvía a estar embarazada, y aunque Casandra todavía era una niña de corta edad y apenas empezaba a comprender los entresijos del mundo de los adultos, sabía que las mujeres gritaban cuando daban a luz y supuso que su madre se había puesto de parto. La princesa estaba ansiosa por conocer a su nuevo hermano o hermana, que pronto se añadiría a la larga lista de príncipes y princesas de Troya, y no quería perderse el feliz acontecimiento. Viendo que Pirgo, su nodriza, seguía durmiendo sin haber reparado en aquel grito desgarrador que había interrumpido su sueño, Casandra saltó de la cama, abrió la puerta y, con sumo sigilo, salió al oscuro corredor. Procurando no llamar la atención de la sirvienta que dormitaba al fondo de la galería, recostada contra uno de los muros de piedra, la princesa recorrió a gatas el pequeño trecho que la separaba de la alcoba de sus padres y acercó el oído a la puerta.

A través de la recia madera, logró distinguir el llanto de su madre y la voz herrumbrosa de su padre, una voz curtida en el campo de batalla y acostumbrada a dar órdenes, si bien no conseguía entender lo que decían. De repente, las voces enmudecieron, la pesada puerta se abrió y Casandra se encontró con la imponente figura del rey Príamo, que se sorprendió al ver levantada en plena noche a la menor de sus hijas.

—Vuelve junto a tu nodriza, niña —ordenó el monarca en un tono que no admitía réplica.

—¿Va a nacer el nuevo hermano, padre? Los gritos de madre me han despertado.

Príamo le dedicó a Casandra una mirada severa.

—Tu madre ha tenido una pesadilla, eso es todo —dijo.

Intimidada por la expresión ceñuda y el tono hostil que había percibido en la voz de su padre, Casandra no replicó y, cabizbaja, regresó a su dormitorio. Al entrar, dejó la puerta entornada y, en vez de meterse en el lecho, se quedó agazapada junto al umbral a la espera de escuchar el llanto de su un recién nacido. Apenas unos instantes después, la princesa oyó cómo Príamo salía al corredor y ordenaba a gritos que despertaran a su hijo Ésaco.

—¡Traedlo de inmediato a mi presencia! —bramó el rey.

Ésaco era uno de los hijos que Príamo había engendrado con Arisbe, su primera esposa, a quien posteriormente abandonó para casarse con Hécuba en segundas nupcias. El hermanastro de Casandra era un hombre melancólico y taciturno, y aunque vivía en las cercanías del palacio, junto a su joven esposa, Casandra apenas tenía relación con él. Ésaco no tardó en aparecer por el ancho corredor, acompañado de un sirviente que iluminaba sus pasos con una antorcha.

Cuando Príamo abrió la puerta de la real alcoba para franquearle el paso y Ésaco penetró en ella, Casandra no se lo pensó dos veces. Aprovechando la oscuridad y el oscilante baile de sombras propiciado por el fulgor de las antorchas, ocultó su cuerpo menudo tras las robustas piernas de su hermano, entró con él en la alcoba y se las ingenió para esconderse tras uno de los baúles en los que la reina guardaba sus regias vestimentas.

—Padre amado, has requerido mi presencia y aquí me tienes, dispuesto a acatar tus deseos —oyó que Ésaco le decía al rey.

—Hijo mío, he ordenado que te sacaran del lecho mientras las estrellas aún refulgen en el firmamento porque heredaste de tu abuelo Mérope el extraordinario don de interpretar los sueños. La reina ha tenido una pesadilla, y solo tú puedes aliviar su angustia desentrañando el extraño ensueño que la acongoja.

Así habló el rey. Desde su escondite, Casandra vio que su madre se secaba las lágrimas mientras su padre asía su mano y la conminaba a que le relatase a Ésaco la visión que la había desvelado. Bajo el fino camisón, el voluminoso cuerpo de Hécuba estaba empapado en sudor, y su negra y larga melena, que llevaba suelta, estaba alborotada y hacía aún más patente la palidez de su rostro.

—¡Ay, de mí! Si mi corazón es presa del desasosiego y las lágrimas brotan de mis ojos es porque me he visto a mí misma dando a luz no a un niño, sino a un tizón encendido que prendía fuego a la ciudadela de Troya. Oh, noble Ésaco, tú que conoces el arte de interpretar los sueños, dime lo que significa esta extraña visión que los dioses me han enviado, pues presiento que algo terrible va a suceder.

El rostro de Ésaco se ensombreció al oír las palabras de la reina.

—Nobilísima Hécuba, mis palabras no lograrán ahuyentar la angustia que invade tu corazón, sino que lo llenarán aún más de tristeza —dijo con la voz henchida de pesar—. ¡En infausta noche concebiste a ese hijo que pronto saldrá de tu vientre! Pues lo que tu sueño significa, ¡oh reina desventurada!, es que el hijo que parirás causará la ruina de Troya.

Al escuchar el funesto vaticinio, Hécuba se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Enseguida oyó Príamo

unos sollozos ahogados y percibió que algo se movía detrás de uno de los baúles y, al acercarse, descubrió agazapada tras él a la menor de sus hijas. Enfurecido, la asió por el brazo, la sacó de la alcoba y despertó a gritos a la nodriza. Pirgo, asustada al encontrase con el rostro descompuesto del rey, llevó a Casandra de inmediato a sus aposentos, la metió en el lecho y la conminó a dormirse.

Pero Casandra estaba tan desvelada tras la angustiosa escena que acababa de presenciar que no lograba conciliar el sueño. Todavía era demasiado pequeña para entender el significado de las palabras de Ésaco y el terrible alcance de su predicción, pero, en su cabeza, no dejaba de darle vueltas al inesperado descubrimiento que había hecho: su hermanastro poseía un don especial que le permitía interpretar los sueños nocturnos y, a través de ellos, predecir el futuro.

Mientras avanzaban lentamente las horas y se revolvía inquieta en el lecho, Casandra pensó que, a veces, ella también tenía pesadillas que la aterraban o sueños sorprendentes de los que despertaba alegre y maravillada, como cuando soñaba que podía volar como las hermosas gaviotas y contemplar el mar y la ciudadela de Troya desde lo alto del cielo. ¿No sería increíble si ella misma pudiera interpretar las curiosas imágenes que se formaban en su cabeza mientras dormía y descubrir así, a través de ellas, lo que le depararía el futuro?

Aquella noche, mientras en el horizonte se abrían paso las rosadas luces del alba y en la intimidad de sus aposentos el rey Príamo y su esposa decidían la suerte de aquel hijo desdichado que pronto iba a nacer, Casandra elevó en secreto una plegaria a los dioses y, con sus torpes palabras de niña, les pidió a los inmortales moradores del Olimpo que

le concedieran el don de interpretar los extraños sueños y adivinar el porvenir.

◇◇◇

Como cada mañana, mientras el sol iniciaba su recorrido por el firmamento y dispersaba con sus rayos las sutiles brumas del amanecer, Casandra salió del palacio acompañada de una de sus sirvientas y se dirigió al templo de Apolo, situado en el último baluarte de la ciudadela. La princesa, que había entrado ya en la adolescencia, se había convertido en una de las sacerdotisas del dios, al que servía con diligencia junto con otras jóvenes de su misma edad. El hermoso Apolo, con su esbelto cuerpo de atleta y sus largos bucles negros, de reflejos azulados como los pétalos del pensamiento, era uno de los dioses más venerados de la ciudad, pues tiempo atrás había ayudado al rey Laomedonte, el padre del rey Príamo, a construir las magníficas murallas que protegían Troya de los invasores que codiciaban sus tesoros y llevaban hasta allí sus huestes y sus barcos con la intención de arrebatárselos.

Las calles habían empezado a llenarse con el bullicio de los comerciantes que, a esa hora temprana, se dirigían al ágora con sus carros cargados de viandas y de los productos exóticos que los intrépidos navegantes traían en sus naves de todo el mundo conocido, desde las tierras más orientales hasta el más alejado extremo de occidente. Al pasar junto a la explanada que había cerca del templo de Atenea, Casandra vio a Héleno, su hermano gemelo, y a Héctor, el primogénito de Príamo y Hécuba, luchando en un improvisado combate bajo la mirada atenta de otros jóvenes. Vestido con la broncínea armadura que le había regalado su padre, Héctor le

mostraba a su hermano cómo sostener el escudo para proteger los órganos vitales mientras atacaba a su adversario con la espada. Pese a su juventud, Héctor se había convertido ya en un valiente y apuesto guerrero que levantaba murmullos de admiración entre las jóvenes troyanas en edad casadera y entre los muchachos que, como Héleno, aspiraban a alcanzar la fama en el campo de batalla.

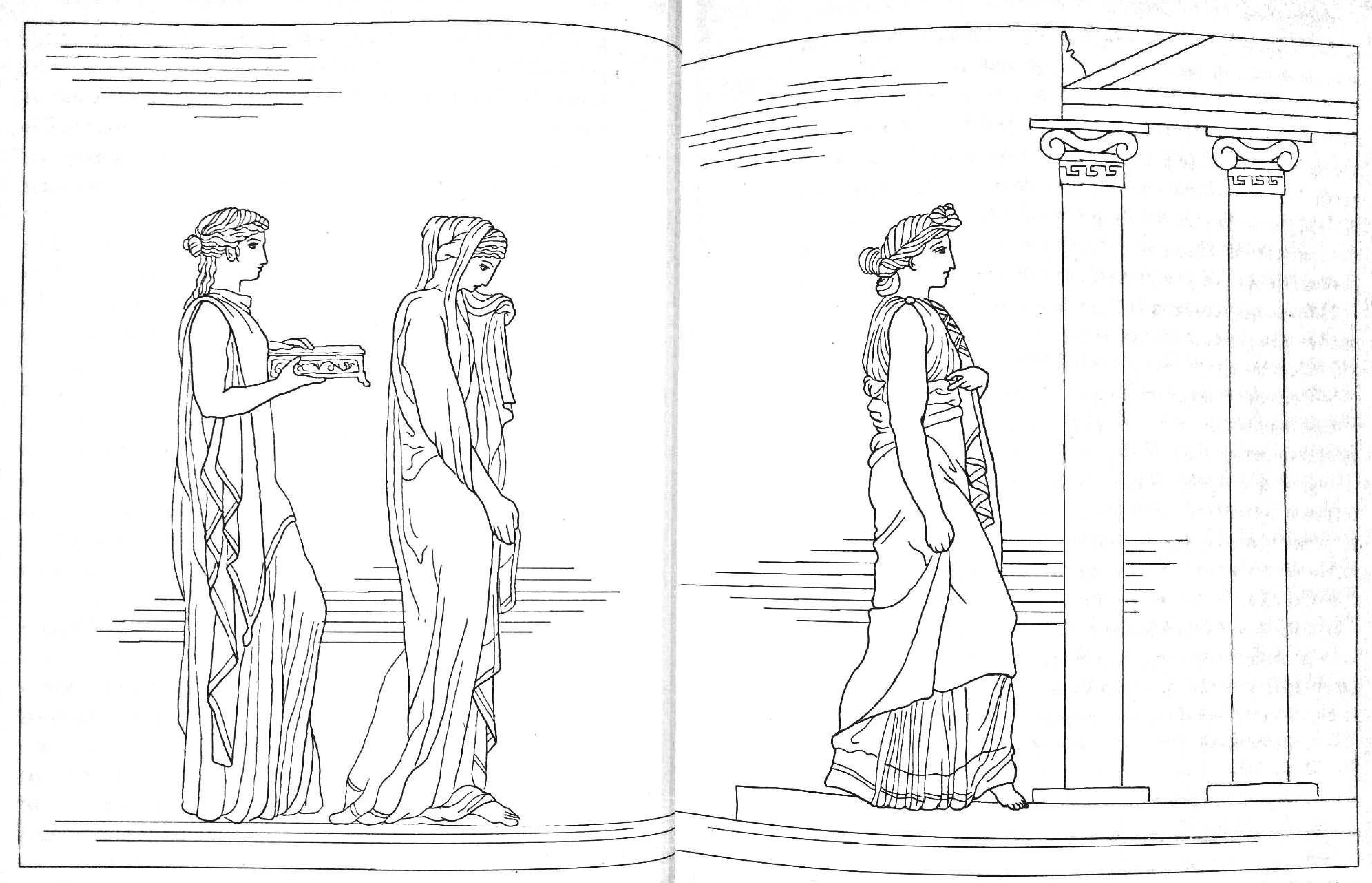
Al ver a la joven Casandra, los dos hermanos interrumpieron la pelea y fueron a saludarla, pues la princesa pasaba la mayor parte del día en el templo, cumpliendo con sus obligaciones de sacerdotisa, y apenas la veían. Casandra sentía un especial cariño por Héleno, con quien había compartido sus días de infancia, si bien la portentosa habilidad de su hermano gemelo para interpretar el vuelo de las aves y los signos del cielo hacía que se sintiera algo celosa. Ella era una sacerdotisa escrupulosa y esforzada que había aprendido a realizar apropiadamente los sacrificios y a entonar el peán, el himno que estaba especialmente dedicado a Apolo, pero no poseía el talento del que estaba dotado su hermano para interpretar las manifestaciones divinas.

—¿Te diriges al templo, hermana? —preguntó Héleno, jadeante y sudoroso aún tras el combate.

—Así es. Debo apresurarme, pues el sacerdote me espera.

—Entonces iré contigo, pues yo también quiero presentar mis respetos al dios.

Tras despedirse de Héctor, a cuyo alrededor se agolpaban una docena de jóvenes deseosos de ocupar el puesto de Héleno para recibir sus enseñanzas, Casandra y su hermano echaron a andar y se adentraron en uno de los laberintos de calles angostas que conducían al templo. En una de las



Casandra, convertida en sacerdotisa, servía con diligencia al dios de la adivinación.

callejuelas, una carreta repleta de frutas obstaculizaba el paso y tuvieron que detenerse, pues la vieja mula que tiraba de ella se negaba a obedecer a su dueño. Mientras esperaban a que el animal accediera a reemprender la marcha, Casandra vio que un enorme cuervo se posaba sobre una de las ruedas del carro y, con los ojos brillantes de emoción, le preguntó a Héleno:

—¿Qué crees que significa, hermano? ¿Acaso Apolo me envía una señal? El sacerdote Laocoonte me ha enseñado que los cuervos son los pájaros predilectos del hijo de Zeus y Leto.

Héleno, que conocía la fascinación de Casandra por los sueños y las premoniciones, echó un vistazo al pájaro y sonrió dulcemente.

—Creo que solo es un cuervo hambriento, hermana.

Casandra, sin dejar de observar el pájaro ni un instante, no ocultó su decepción.

—¿Por qué Apolo se niega a concederme el don de interpretar las señales divinas? —se lamentó—. Soy su más fiel sirvienta, y aun así, soy incapaz de comprender el significado de los sueños y distinguir los sucesos banales de los presagios.

—Conocer el futuro puede ser una carga abrumadora, Casandra —replicó Héleno—. Acuérdate de lo que le ocurrió al desdichado Ésaco: cuentan que, poco después de efectuar una terrible predicción, su esposa murió a causa de la picadura de una serpiente y él se arrojó al mar.

—Sin embargo, tú posees ese don —dijo Casandra—. ¿Acaso no soy yo merecedora del poder que Apolo otorga a sus sibilas?

Héleno no tenía la respuesta y se encogió de hombros.

—A veces los dioses actúan de manera extraña —dijo para consolarla.

En aquel instante, el cuervo que se había posado sobre el carro que entorpecía el paso echó volar y rozó con una de sus alas los ondulados cabellos de Casandra. El ave desapareció, confundiéndose entre las nubes, y siguió volando sobre el embravecido mar hasta alcanzar el Olimpo, donde ante la mirada indiferente de los inmortales irguió el cuerpo, sacudió las alas, y se desprendió de las negras plumas bajo las cuales el resplandeciente Apolo solía ocultar su luminosa presencia cuando descendía a la tierra para mezclarse con los mortales.

◇◇◇

Agazapado tras una nube dorada en la que refulgían los rayos postreros de un atardecer de primavera, el deslumbrante Apolo llevaba un buen rato observando a Casandra, ocupada en esos momentos en llenar un cestillo de mimbre con flores de vivos colores mientras paseaba por una de las arboledas que rodeaban el palacio de Troya. Con el paso de los años, aquella chiquilla inquieta y desdentada se había convertido en una mujer muy hermosa, y si bien el soberano del arco de plata siempre había sentido curiosidad por aquella devota sacerdotisa obsesionada con el arte de predecir el porvenir, desde hacía algún tiempo la belleza enigmática de Casandra había inflamado su deseo y se dedicaba a espiar en secreto sus movimientos con la intención de cortejarla.

Troya era una ciudad próspera en la que reinaba la paz. Príamo y Hécuba habían alcanzado una jubilosa edad madura el uno junto al otro mientras veían crecer felices a sus hijos, muchos de los cuales habían formado ya sus propias familias y habían abandonado las estancias palaciegas para trasladarse a vivir a sus propias residencias. Entre las hijas que aún no habían

alcanzado la edad núbil y que todavía residían en el palacio se encontraba la jovencísima Polixena, que al ver a Casandra en la arboleda salió presurosa a su encuentro. La dulce Polixena, la menor de las hijas de Príamo y Hécuba, quería mostrarle a su hermana un peplo bordado que ella misma había tejido con sus manos para su madre Hécuba.

Casandra, absorta en sus pensamientos, apenas prestó atención a la hermosa labor. Polixena advirtió el aire ausente de su hermana y el desinterés con el que recibía sus palabras, y, dolida, le afeó el comportamiento.

—Estás conmigo, pero tu mente está muy lejos —le reprochó—. ¿Qué te ocurre, Casandra? Siempre estás en el templo y ya nunca juegas conmigo ni te unes a nosotras mientras tejemos en el gineceo. ¿Acaso no echas de menos nuestra compañía?

—Tengo obligaciones que cumplir, hermana —contestó Casandra.

—Estoy segura de que a Apolo no le importaría que delegases algunas de tus tareas para pasar algún tiempo con nosotras —insistió Polixena—. ¿Cuándo fue la última vez que las esclavas friccionaron tu piel con aceites o trenzaron tus hermosos cabellos?

—Soy una sacerdotisa y no tengo tiempo de cardar la lana o de pasarme el día perfumándome con ungüentos, como hacéis vosotras.

—También eres una mujer. Madre dice que deberías permitir que algún pretendiente de tu rango te corteje. ¿O es que acaso no sueñas tú también, como todas nosotras, con un marido que caliente tu lecho y llene de hijos tu casa? La mayoría de las sacerdotisas que entraron al servicio de Apolo

cuando tú lo hiciste ya tienen un esposo que cuida de ellas —le recordó Polixena.

—Ojalá el matrimonio pudiera aliviar mi tristeza, pero no son pretendientes lo que quiero, hermana, sino que Apolo me escuche.

—¿Y qué es lo que le reprochas al dios al que con tanto empeño sirves? —le preguntó Polixena, intrigada.

—De niña, el anhelo por conocer lo que nos deparará el futuro me llevó a convertirme en una de las sacerdotisas del dios flechador. Sin embargo —añadió Casandra con un suspiro—, aunque a lo largo de todos estos años he aprendido a interpretar el vuelo de las aves y he sido instruida en el arte de leer las entrañas de los animales, hasta ahora el hijo de Leto ha desoído mis ruegos, pues nunca me envía sueños ni visiones inspiradas.

—Entonces tal vez deberías renunciar a ese anhelo y procurarte una vida confortable. ¡Deja que Laocoonte se encargue de descifrar los designios de los dioses! Al fin y al cabo, eres princesa de Troya —dijo Polixena.

Casandra sabía que las palabras de Polixena, aunque ingenuas, eran bienintencionadas y sonrió. Durante un rato, las dos hermanas siguieron intercambiando confidencias hasta que, al asomar las luces del crepúsculo, Casandra se despidió de Polixena y encaminó sus pasos hacia el templo de Apolo. A esa hora postrera en la que el cielo se tiñe de púrpura y los pastores recogen los rebaños para preservarlos de la voracidad de las fieras que acechan las llanuras, el templo se hallaba vacío, y Casandra solía aprovechar que el sacerdote y las sacerdotisas se habían retirado a sus residencias para estar un rato a solas con el dios.

Tras recorrer las calles semivacías y atravesar el propileo, la entrada flanqueada de columnas que daba acceso al recinto, la princesa se dirigió a la cela, donde encendió algunas lámparas de aceite para iluminar la oscura nave en la que se alzaba la estatua de la divinidad. A la luz de las trémulas llamas, la estancia, repleta de ofrendas votivas, se llenó de sombras grotescas y la imponente estatua de Apolo pareció cobrar vida. Con delicadeza, Casandra esparció las flores que había recogido alrededor del pedestal de la imagen y se arrojó a sus pies.

—¡Divino y poderoso Apolo! Tú que disparas flechas mortíferas con tu arco de plata y tienes el poder de aniquilarnos o de purificar nuestras faltas, escucha el ruego de la más fiel de tus sirvientas —lo exhortó.

En ese instante, las antorchas que colgaban de los muros y las columnas se encendieron y una voz sobrehumana hizo enmudecer a la princesa.

—Me has invocado y aquí estoy, Casandra. ¿Qué es lo que deseas con tanto ardor? ¿Qué anhelo insufla tal vehemencia a tus palabras?

Aterrada, Casandra se volvió y vio al más hermoso de los dioses del Olimpo envuelto en una luz deslumbrante. Apolo había decidido aparecer ante su sacerdotisa con el máximo esplendor que era capaz de soportar una mortal, y Casandra, subyugada por la visión, tuvo que apartar la mirada y proteger sus ojos para evitar que la luminosidad que irradiaba Apolo la cegase.

—¡Oh, temible deidad! ¡Lo que anhelo es que me conviertas en una de tus sibilas y me otorgues el don de predecir el futuro! —dijo Casandra con la voz temblorosa.

—Hace tiempo que oigo tus ruegos, troyana, y tu perseverancia me ha conmovido. Te concederé lo que me pides, pero solo te otorgaré la clarividencia si a cambio tú te entregas a mí como mujer, pues tu hermosura ha cautivado mi corazón y deseo poseerte.

Así habló el dios de las visiones proféticas. Casandra, con las mejillas arreboladas, vaciló unos instantes antes de darle su respuesta.

—Concédeme aquello que tanto ansío y humildemente acataré tu voluntad —dijo con la voz entrecortada por la emoción.

Con la elegancia de un felino, Apolo se acercó lentamente a Casandra, cuyo cuerpo temblaba como una hoja bajo el fino peplo de lino blanco. El dios tomó su rostro entre sus manos, las palmas contra las mejillas, y, acercando sus labios a los suyos, sopló suavemente sobre ellos. Al recibir el divino aliento, Casandra sintió que un espasmo sacudía todo su cuerpo, como si un rayo electrizante lo hubiera atravesado, y el corazón casi se le detuvo. Sus miembros se agarrotaron, los hermosos cabellos se le erizaron y sus oscuras pupilas, negras como grutas, se iluminaron con un fulgor ígneo y sobrenatural. En ese instante, la opresión que sentía en el pecho le cortó el aliento y, desfallecida, se desplomó y cayó al suelo.

Al volver en sí del trance, la sacerdotisa se incorporó, y, aturdida aún por la dramática experiencia, notó que Apolo la asía por la cintura y la estrechaba contra su cuerpo desnudo.

—Te he concedido lo que me pedías, bella Casandra: tuyo es ahora el don de la profecía. Justo es, pues, que cumplas tu parte de trato.

—Tiempo habrá para cumplir mi promesa —dijo la doncella, zafándose tranquilamente del abrazo del dios y apartándose de él.

Apolo, contrariado por el rechazo, intentó de nuevo acercarse a su sacerdotisa, pero Casandra retrocedió y evitó que el dios la tocara.

—¿Qué tramas, desgraciada? ¿A qué vienen esos remilgos? —le reprochó el que hiere de lejos.

Casandra, con aire victorioso, le dedicó a Apolo una mirada desafiante.

—Acepté al trato que me propusiste, pero no dije cuándo me entregaría a ti. ¡Mucho he esperado este momento, pero ahora serás tú quién tendrá que aguardar, pues no será hoy el día en que me poseas!

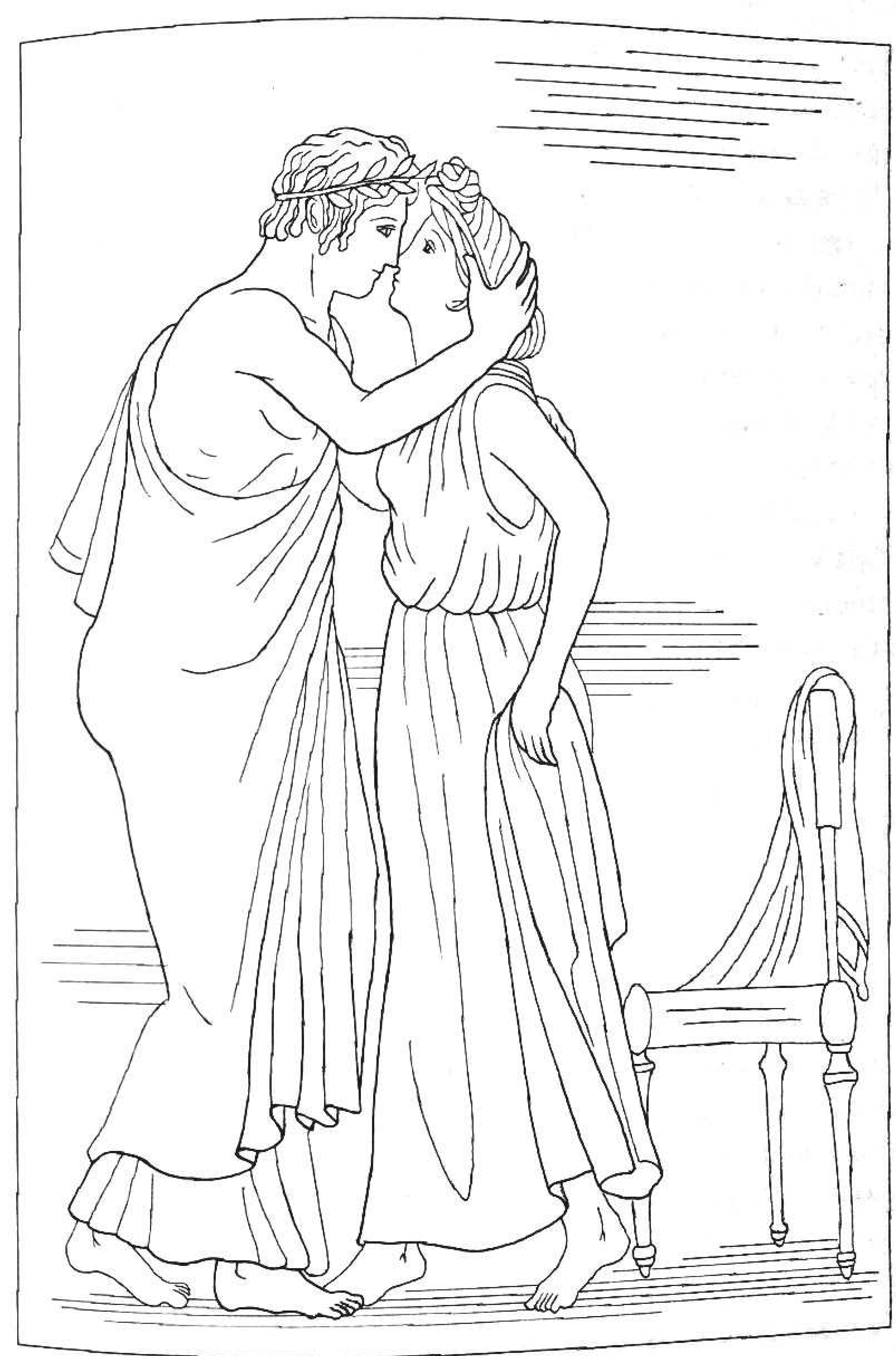
—¡Me has engañado! —bramó Apolo con los ojos llameantes de furia.

Presa de la cólera, el dios se abalanzó sobre Casandra con la rapidez de un halcón. La agarró por los cabellos, y, tirando de ellos con fuerza, acercó su cara a la suya.

—¡Insensata y desagradecida mujer! ¡Yo te maldigo, Casandra, pues has faltado a la palabra dada y me has engañado con tu ardid! No puedo arrebatarte el don que te he otorgado, pues incluso los dioses estamos sujetos a las leyes divinas, pero de nada te servirá.

Dicho esto, Apolo escupió sobre los labios de Casandra, quien, aterrorizada, intentaba suplicar clemencia sin lograr que las palabras salieran de su boca.

—Si al soplar sobre tus labios te concedí la clarividencia —dijo Apolo—, al escupir sobre tu boca le he arrebatado a tu voz el poder de la convicción. En lo sucesivo, nadie creará



Al recibir el soplo divino, Casandra sintió que un espasmo sacudía todo su cuerpo.

tus vaticinios y te tomarán por una de esas locas que recorren las calles como pájaros de mal agüero. ¡Ya eres una de mis sibilas, troyana, pero ningún mortal creerá tus visiones y Troya arderá por tu culpa!

Tras pronunciar la terrible maldición, Apolo desapareció envuelto en una nube de luz y el templo quedó de nuevo a oscuras. Casandra, con los ojos anegados de lágrimas, notó que las piernas le flaqueaban y sus rodillas chocaron contra la fría piedra. Sin fuerzas para levantarse, elevó la mirada al cielo y, entre sollozos, empezó a golpearse el pecho.

Durante toda la noche, Casandra lloró amargamente abrazada a la estatua del dios mientras los relámpagos rasgaban el enfurecido cielo y el agitado mar hervía con espumosas olas que estallaban con rabia contra la rocosa costa. La tempestad era tan intensa que, en la ciudadela, aquella noche todos temblaron, incluso los guerreros más valientes, aun cuando ninguno de ellos podía sospechar que aquella iracunda rebelión de los elementos era un presagio de las calamidades venideras que pronto se cernirían sobre la indefensa Troya.

2

EL HERMANO PERDIDO

Desde una de las galerías del augusto palacio de Príamo, Casandra contemplaba el alegre bullicio que aquella mañana reinaba en la ciudad de Troya vestida con sus mejores galas. Al poco de despuntar la aurora, los guardias habían abierto de par en par las principales puertas que daban acceso a la ciudadela, y por ellas no cesaban de entrar grupos de gentes que se unían en festiva procesión a los troyanos, que a esa hora llenaban las calles desafiando el sofocante calor de la mañana. Unos y otros encaminaban sus pasos hacia la parte norte de la ciudad, pues allí, en medio del vasto llano herboso que se extendía hasta la suave colina en la que se alzaba el altar de Zeus, darían comienzo en breve los juegos fúnebres que cada año se celebraban por aquellas fechas en memoria de Paris, el segundo hijo varón de Príamo y Hécuba, fallecido nada más nacer. Tiempo atrás, el buen rey había instaurado aquellos juegos deportivos para mantener

vivo el recuerdo de su malogrado hijo, y era tradición que la familia real, engalanada con toda la regia pompa, asistiera a las competiciones y agasajase a los vencedores.

Sirviéndose de una mano para proteger sus ojos del deslumbrante sol que refulgía inclemente en lo alto del cielo, Casandra distinguió, a lo lejos, el magnífico toldo de color púrpura que los esclavos habían colocado sobre la elevada tarima desde la cual los reyes y sus hijos atenderían los juegos. A causa de los preparativos, aquella mañana no había podido acudir al templo de Apolo, como era su costumbre, sino que pacientemente había tenido que dejar que las esclavas la bañasen y aplicasen sobre su piel perfumados ungüentos, que peinasen sus hermosos cabellos, del color de la madera de abedul, y embelleciesen su rostro con costosos afeites. A continuación, la habían vestido con suntuosos y coloridos ropajes, como era costumbre en las tierras orientales, habían adornado su cuello y sus delicados brazos con collares y brazaletes de oro labrados por los mejores artesanos, y le habían calzado las finas sandalias.

◇◇◇

Hacia media mañana, acompañada de su joven hermana Polixena, de algunas sirvientas y de una escolta de soldados, Casandra salió del palacio y la comitiva se encaminó hacia la frondosa alameda que rodeaba el llano donde se desarrollarían las distintas competiciones. En las calles, el ambiente era festivo, pues, con el paso de los años, aquellos juegos que rememoraban un suceso luctuoso se habían convertido en una celebración alegre en la que participaba toda la ciudad y a la que también acudían los aldeanos que residían en las poblaciones vecinas. Mientras recorrían las calles a pie, Polixena, que aún era muy joven, se fijaba en todo con sus ojillos redondos y vivarachos: en los músicos que, de manera improvisada, hacían sonar sus instrumentos, en los vendedores de pastelillos de miel y frutos secos, en los vistosos vestidos y los brillantes abalorios que lucían las troyanas... La expresión dichosa de Polixena contrastaba con el aire taciturno de Casandra, que, absorta en sus pensamientos, caminaba distraída a su lado sin reparar en los saludos y las muestras de respeto que sus súbditos les tributaban. Desde que Apolo la maldijera en el templo y la privase del don de la persuasión, en su rostro se había instalado una expresión de permanente desazón que le otorgaba un aire grave y sombrío, lo que provocaba que muchos rehuyesen su compañía. No así Polixena, que desde niña sentía un gran afecto por su hermana, aunque ni siquiera ella creía en sus visiones. En palacio, Casandra era considerada un ave de mal agüero y nadie hacía el menor caso de sus vaticinios y advertencias.

Al acercarse a la tarima, Polixena vio que el rey Príamo y la reina Hécuba se disponían a ocupar los regios tronos bajo el ondulante dosel y conminó a su hermana a apresurarse.

—Han venido gentes de muchos lugares para presentar sus respetos y competir por los premios —dijo Polixena sin poder contener la emoción—. ¡Estoy impaciente por ver qué trofeos se llevarán este año nuestros hermanos!

—Mi lugar está en el templo. Es allí donde debería estar —musitó Casandra, que detestaba las multitudes.

Tras saludar con toda ceremonia a los reyes, cuyo majestuoso porte se veía realzado por las ricas joyas y las vistosas túnicas bordadas con hilos de oro y plata que vestían, las

princesas ocuparon sus asientos cerca de uno de los pebeteros que, bajo el dosel, perfumaban el aire con intensos aromas de incienso. El público congregado en el llano llevaba ya un buen rato esperando y estaba expectante, y Príamo no tardó en alzar solemnemente la mano derecha para ordenar que sonase el cuerno y diese comienzo la primera prueba, la carrera a pie.

Al escuchar la llamada, los impacientes atletas se lanzaron a la carrera, deseosos de competir por los hermosos trofeos que le aguardaban al primer corredor que llegase a la meta: un magnífico trípode de veintidós medidas y una bella copa de doble asa. Enseguida tomó la delantera un joven apuesto y desconocido que corría raudo como el viento y que desató los enfervorizados gritos de la multitud.

—¡Mira, Casandra! ¡Ese joven va a ganar la carrera! ¡Y fíjate a qué distancia está del segundo participante! —exclamó Polixena.

Casandra, que hasta ese momento apenas había prestado atención a la prueba, sintió un estremecimiento al fijar sus ojos en el joven atleta. El corazón se le aceleró, su cuerpo se puso rígido y sus pupilas se dilataron, oscureciendo aún más su mirada.

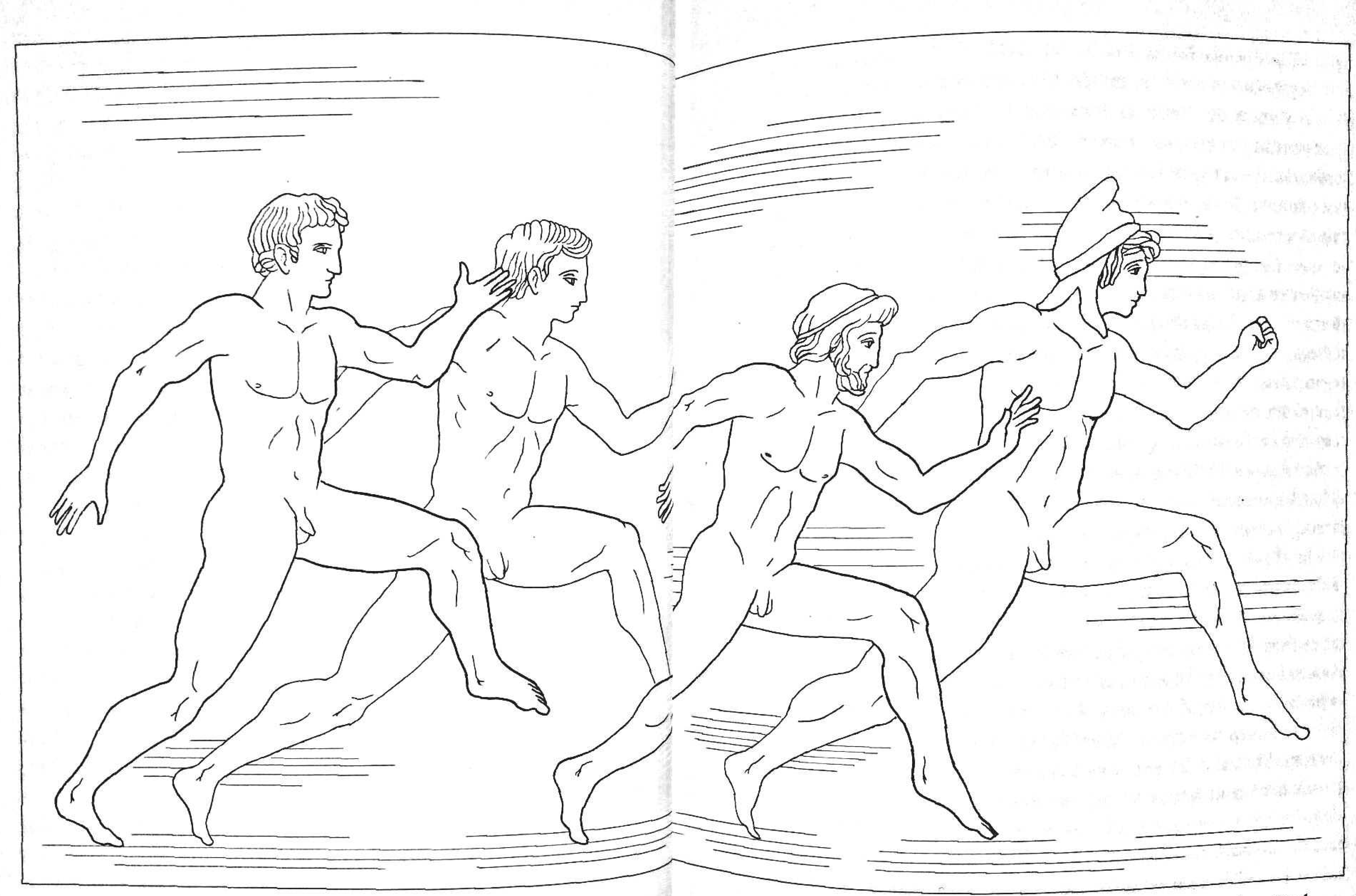
—¿Qué te ocurre? —inquirió Polixena al ver que el semblante de su hermana palidecía y su frente se perlaba de sudor.

Casandra bajó la mirada y no respondió. La visión que acababa de tener le había revelado quién era aquel joven vestido con sencillas ropas de pastor que acababa de ganar la carrera, pero, sabiendo que sus palabras serían objeto de burla y que pronto caerían en el olvido, no dijo nada. Interiormente, con el corazón henchido de amargura, una vez más se maldijo a sí misma. ¿Qué sentido tenía poseer el don de la adivinación si nadie creía sus visiones?

◇◇◇

Con el cuerpo todavía empapado en sudor tras el esfuerzo, el mismo joven se preparaba ya para acometer la segunda prueba, una carrera de carros en la que también iba a participar el valeroso Deífobo, uno de los hijos del rey Príamo. Solo su hermano Héctor, que estaba al mando del ejército troyano, lo superaba en fama, y aunque el desconocido había ganado sin dificultad la primera competición, todo el mundo se mostraba de acuerdo en que el hermoso carro labrado de oro y estaño que conducía el príncipe Deífobo sería el primero en llegar a la meta. Príamo y Hécuba, sentados en sus magníficos tronos, contemplaban orgullosos la viril estampa de su hijo, que, de pie sobre el carruaje, se afanaba en contener la impaciencia de sus hermosas yeguas.

Golpearon los aurigas a los caballos con las fustas al oír la señal, los corceles se lanzaron a la carrera y la tremolante llanura se llenó de ruido y polvo. Envueltos en una inmensa polvareda, los carros empezaron a acercarse a gran velocidad hacia la columna de mármol que señalaba la curva, con la excepción del carro conducido por el joven desconocido, que, ignorando el hito, se dirigió hacia el linde de la alameda. Casandra, que seguía atentamente la competición, comprendió al punto que la astucia le permitiría al muchacho evitar que le cerraran el paso los carros que, al virar, pronto empezarían a acumularse en el hito, de lo que también se percató Deífobo. Sin dudarlo un instante, al ver la maniobra



Un joven desconocido tomó la delantera y desató los gritos de la multitud.

que se proponía llevar a cabo su rival, el Priámida azuzó a sus yeguas, se separó del grupo y empezó a seguirlo.

Las yeguas de Deífobo eran más veloces que los caballos que conducía el pastor, y su espléndido carro no tardó en alcanzarlo. Al ver que Deífobo intentaría adelantarlo, el joven tiró de una de las riendas para obligar a los caballos a angostar el espacio por el cual su contendiente podía superarlo, lo que obligó al Priámida a desviarse a un lado para evitar embestir a su contrincante y que ambos carros terminaran destrozados. Durante la peligrosa maniobra, el carro de Deífobo, que iba a gran velocidad, se salió del camino, el yugo se rompió y el Priámida salió despedido de la caja y rodó por el llano mientras el joven lograba completar la curva y tomaba la delantera.

Al ver que Deífobo saltaba por los aires y chocaba contra el suelo, instintivamente Polixena se puso de pie y contuvo la respiración. También Príamo y Hécuba se habían alzado alarmados de sus tronos, pero Casandra, con el rostro impasible, tranquilizó a su hermana.

—No será hoy el día en que Deífobo encontrará la muerte —dijo la joven enigmáticamente—, pues los venerables dioses han dispuesto que nuestro hermano sucumba bajo la espada de un rey.

Encolerizado tras la humillante derrota, al terminar la carrera Deífobo se preparó para participar en la siguiente prueba, el pugilato, que según era costumbre se realizaba delante del trono. Era un hombre fuerte, y, pese a la aparatosa caída y las magulladuras y heridas que cubrían su cuerpo, confiaba en la potencia de sus puños para vencer a quienquiera que se atreviera a enfrentarse a él.

El primogénito Héctor, deslumbrante con su armadura tachonada de plata y su casco de alto penacho, advirtió que el joven que había ganado las dos primeras competiciones también enfundaba sus puños en cuero, y se lo hizo saber a su padre.

—¡Pobre muchacho! —exclamó Príamo con una sonrisa—. Deífobo le machacará los huesos y desfigurará sin piedad su hermoso rostro. ¡Ay, muy necio tiene que ser si cree que puede vencer a mi hijo!

La expectación era máxima entre los asistentes, pues sabían que Deífobo aprovecharía la pelea para desquitarse. El Priámida tenía más experiencia que su rival y más fuerza en los músculos, y, al oír la señal que indicaba el comienzo de la prueba, sus puños se lanzaron a golpear con furia a su oponente. El joven no lograba esquivar los violentos golpes de Deífobo, que parecía dominar el combate, pero la enorme envergadura del cuerpo del Priámida pronto empezó a jugar en su contra. Su contrincante, más esbelto y ligero de pies, no tardó en advertir que podía transformar en desventaja la robustez de Deífobo, y, en vez de intentar esquivar los golpes, empezó a zafarse de él, obligándolo a perseguirlo. Frente al trono, Deífobo corría infructuosamente tras su adversario, jadeando y con el cuerpo empapado de sudor. Al detenerse un instante para recobrar el aliento, recibió un puñetazo en la cara, sus heridas se abrieron y la sangre oscura que comenzó a manar de su frente le veló la visión. Aprovechando la ventaja que aquello le reportaba, el joven logró acorralar a Deífobo contra la escalinata del trono sin dejar de propinarle dolorosos golpes en las sienes, en el abdomen y en la quijada. El Priámida, al límite de la extenuación, parecía vencido, pero, cuando ya todos pensaban que iba a desplomarse, se irguió y su poderoso puño logró alcanzar a

su rival en el mentón. Al recibir el terrible golpe, el cuerpo del joven cayó pesadamente hacia atrás y se estrelló contra el suelo. Saboreando de antemano la victoria, Deífobo se dio la vuelta, alzó los brazos y se golpeó el pecho buscando la aclamación de la multitud sin advertir que su contrincante se incorporaba y que, escupiendo la sangre que le anegaba la boca, volvía a alzar valerosamente los puños. Al ver de nuevo en pie a su adversario, Deífobo, agotado, jadeante y temiendo volver a ser humillado ante el pueblo de Troya, se acercó a un soldado, le arrebató la espada y, con el filo en alto, corrió hacia su rival.

Al comprender que la ira cegaba a Deífobo, el joven se apresuró a emprender la huida. El Priámida salió en su persecución ante la mirada incrédula de los asistentes y la expresión de disgusto de Príamo, que se alzó airado del trono al ver la infame acción que se disponía a realizar su hijo. Antes de ser alcanzado por Deífobo, el joven logró llegar hasta el altar de Zeus, y, tras subir la escalinata a trompicones, se arrodilló ante el ara e imploró:

—¡Oh, gloriosísimo Zeus, el más supremo y poderoso de los dioses! ¡A ti me encomiendo y acudo en busca de protección! ¡No permitas que el príncipe Deífobo manche tu altar con mi sangre, pues limpiamente he luchado y no merezco su injusta cólera!

Mientras eso sucedía, el padre del joven había logrado abrirse paso entre la multitud, que había enmudecido al ver la cobarde acción que Deífobo se disponía a llevar a cabo. Al llegar a los pies del trono, se postró ante el rey, y, viendo que Deífobo ya comenzaba a subir la escalinata del templo acompañado de su hermano Héctor, increpó a Príamo con estas palabras:

—¡Nobilísimo señor, en tu mano está impedir que Deífobo cometa un crimen atroz, pues es tu propia sangre la que se verterá si tu hijo da muerte con la espada a ese inocente muchacho!

—¿Qué locura es esta? ¿Acaso tú también quieres morir hoy? —rugió Príamo, enojado por la audacia del anciano.

—¿Es que acaso no me reconoces, buen rey? ¿Tanto han cambiado los años el rostro del que fue el más fiel y discreto de tus sirvientes? Mírame bien: soy Agelao.

—¡Solo veo a un miserable que desvaría y que también desea encontrar la muerte! —dijo el rey, cegado por la cólera.

Hécuba y los hijos de los soberanos contemplaban la embarazosa escena con el corazón encogido. En ese instante, Casandra se levantó de su asiento, se acercó a Príamo y dijo, con voz autoritaria:

—Déjalo hablar, padre. Lo que este hombre tiene que contarte aliviará la tristeza que desde hace años anega tu corazón.

Príamo, furioso, le dedicó una mirada cargada de reproches a su hija. ¿Cómo osaba hablarle de ese modo? El rey se disponía a ordenar a los guardias que arrestaran al anciano cuando Hécuba, que se había sobresaltado al oír su nombre, puso su mano sobre el brazo de su esposo y, con los ojos llenos de lágrimas, dijo:

—Te lo suplico, esposo mío. Refrena tu ira y escucha lo que Agelao tiene que decirte.

◇◇◇

El día empezaba a declinar cuando los reyes, acompañados del resto de la familia real, emprendieron juntos el regreso a palacio, acomodados en suntuosas literas. En el llano,

el murmullo de las hojas de los copudos álamos, agitadas por la cálida brisa, se mezclaba con los cuchicheos de la multitud, que no acertaba a comprender los sucesos que acababa de contemplar. ¿Quiénes eran aquel misterioso joven y aquel anciano que, escoltados por los soldados, iban también camino del palacio?

Al llegar a las dependencias reales, el joven, que respondía al nombre de Alejandro, quedó bajo la custodia de los soldados, pues así lo había dispuesto el rey. A continuación, Príamo ordenó a la guardia que condujera a Agelao a su presencia en el mégaron, el gran salón del trono, donde Hécuba a duras penas podía contener el llanto: el mayoral era el hombre al que Príamo le había entregado a su hijito recién nacido para que le diese muerte a fin de conjurar la terrible visión que había recibido en forma de sueño y que su hijastro Ésaco había interpretado.

Los rayos postreros del sol crepuscular teñían de rojo el aterciopelado cielo cuando Agelao entró en el mégaron y se postró a los pies del trono. Príamo ordenó a la guardia que abandonara el salón y exigió a su mayoral que hablara.

—No pude hacerlo, ilustre soberano... No fui capaz de cumplir la orden que me diste —musitó Agelao entre sollozos.

Con la voz quebrada por el llanto, explicó a los monarcas que aquel joven que todos creían hijo suyo era, en realidad, el noble Paris, el hijo que Príamo y Hécuba seguían llorando y honrando cada año mediante la celebración de aquellos juegos fúnebres. Aconsejado por los sacerdotes, que habían confirmado el funesto vaticinio que presagiaba el sueño de Hécuba, Príamo había entregado el niño a Agelao,

uno de sus más fieles sirvientes, y le había ordenado que acabara con su vida.

—Al ver que era incapaz de darle muerte con mis propias manos —prosiguió Agelao—, resolví llevarlo al monte y dejarlo a merced de los elementos. Durante cuatro interminables días esperé a que el hambre y el frío acabaran con su vida, pero, cuando al quinto día regresé para darle sepultura, descubrí que su cuerpo había desaparecido. Atormentado por la pena y los remordimientos, recorrí el lugar, hasta que hallé en el tronco de un árbol las marcas de las garras de un oso. Resuelto a recuperar sus despojos, seguí las huellas del animal hasta una cueva, donde contemplé una maravilla: en el interior de la gruta, una formidable osa lo amamantaba con la ternura de la más amorosa de las madres. Mi corazón se llenó de júbilo al ver que el niño seguía vivo, pues su inocente risa ya había conquistado mi corazón y vivía atormentado con la idea de su muerte. Al oír de nuevo su llanto, supe que ya no podría cumplir la orden que me habíais dado, de modo que aguardé a que el animal abandonara la cueva y me lo llevé con la intención de criarlo como si fuera mi propio hijo. Y así lo hice. ¡Castígame a mí, noble rey, por haberte traicionado, pero, te lo imploro, salva al muchacho, al que amo como si fuera sangre de mi misma sangre! ¡Te lo implora un padre que está dispuesto a dar gustosamente su vida a cambio de la de su hijo!

Príamo, enternecido por aquellas conmovedoras palabras, se acercó a su mayoral, que seguía de rodillas, y lo ayudó a levantarse.

—Nada tienes que temer. Nadie hará daño al muchacho. Y ahora, retírate.

Así habló el rey. Agelao abandonó el salón del trono con los ojos anegados por el llanto mientras Príamo y Hécuba, sorprendidos y aliviados al saber que el hijo por el que habían derramado tantas lágrimas seguía vivo, se abrazaban tiernamente y se confortaban el uno al otro. De improviso, la sigilosa figura de Casandra se abrió paso entre las sombras y su pálido rostro emergió de detrás del trono. La troyana volvía a vestir sus ropas blancas de sacerdotisa y tenía el semblante contraído y la cabellera alborotada.

—Agelao no ha mentido, padre: el hijo cuya pérdida has llorado durante todos estos años está vivo. Pero la noticia ya ha llegado a los sacerdotes, que no han olvidado la visión que madre tuvo en sueños. En este momento se dirigen hacia aquí para exigirte que lo ejecutes de inmediato.

—¿Ejecutarlo? ¿Ahora que acabo de recuperarlo? —exclamó Príamo, airado.

—¡Ay, desdichada de mí, que por culpa de un mal sueño sentencié la vida de mi propio hijo...! —se lamentó Hécuba, cubriéndose el rostro con sus manos—. ¿Volveré a perderlo ahora, cuando ni siquiera he podido aún abrazarlo?

Casandra, con el semblante crispado, miró fijamente a los ojos del rey y le habló de este modo:

—Tienes que ordenar su muerte, padre, pues todos los augurios vaticinan que mi hermano traerá la ruina a Troya.

Al oír aquellas palabras, Príamo se puso en pie, se acercó a Casandra y le lanzó una mirada furiosa.

—¡Desdichada! ¡Siempre has sido un pájaro de mal agüero...! ¡Jamás daré esa orden, jamás!

Casandra, intimidada, retrocedió. Nada podía hacer para convencer a su padre de las calamidades que por culpa de

Paris se cernirían sobre Troya, pues el rey parecía decidido a salvaguardar la vida de su hijo. Sin embargo, antes de abandonar el salón del trono, se volvió y dijo:

—Si él vive, Troya caerá.

—¡Entonces, dejaré que caiga Troya! —vociferó Príamo—. ¡Ni tú, ni ningún sacerdote, lograréis que sacrifique de nuevo la vida de mi hijo!

3

La terrible profecía

Avanzaban perezosamente los calurosos días estivales hacia el benigno otoño y las anchas llanuras que se desplegaban al oeste de Troya, interrumpidas por el plácido curso del río Escamandro, habían adquirido ya el color bruñido de las mieses, llenando el aire de aromas de cosecha. Desde uno de los pisos superiores del excelso palacio de Príamo, mientras la luminosa mañana bañaba con luz dorada las impresionantes murallas que rodeaban la ciudadela, el príncipe Paris contemplaba los ondulantes campos cubiertos de espigas que se extendían a lo largo de la llanura escamandria, sobrecogido por la belleza agreste del paisaje que se desplegaba ante sus ojos. Desde el palacio, construido sobre una elevada colina, podía abastarse con la vista Troya entera: el perímetro de las legendarias murallas, las grandes mansiones fortificadas, las casas más modestas de los artesanos y los comerciantes, los magníficos templos dedicados a las divinidades

protectoras de la ciudad, situados en el último baluarte de la ciudadela... Paris no se cansaba de admirar el esplendor de aquella ciudad de la que tantas veces había oído hablar cuando vivía en las faldas del Ida, cuando solo era un simple pastor, y apenas empezaba a acostumbrarse al hecho de ser uno de los hijos del poderoso rey que gobernaba la opulenta Troya.

Aquella mañana, el joven príncipe esperaba a Casandra, que se había ofrecido a mostrarle la tumba de su abuelo Laomedonte, situada frente a la puerta Escea, en la parte occidental de la muralla exterior. Ansiaba Paris conocer mejor a su hermana, de quien había oído rumores acerca de su carácter introvertido y huraño, y también sentía curiosidad por indagar en la historia de su familia, a la que acababa de recuperar gracias a la confesión de Agelao y a la determinación con la que Príamo se había opuesto a seguir las advertencias de los sacerdotes. Nada sabía, sin embargo, Paris del peligro que había corrido su vida tras la revelación del mayoral ni del angustioso sueño que había tenido su madre Hécuba la noche antes de parirlo, pues el buen Príamo había decidido ocultarle los detalles de la aciaga profecía asociada a su nacimiento. Desconfiaba el rey de los sacerdotes como desconfiaba de las visiones de su hija Casandra, y no quería abrumar con preocupaciones y congojas al hijo al que hacía apenas unos días acababa de recuperar.

En palacio, muy pocos conocían el secreto de la terrible profecía que se cernía sobre Troya, pero todos eran testigos de la dicha de Príamo y Hécuba, que desde que habían reencontrado a Paris y lo habían acogido y agasajado triunfalmente, restituyéndole con celebraciones los honores que

por linaje le correspondían, experimentaban una felicidad contagiosa que había rejuvenecido sus semblantes. El color había vuelto a las mejillas de los soberanos, y los surcos dejados por las abundantes lágrimas vertidas a lo largo de tantos años se habían suavizado. Por añadidura, Paris era un joven valiente y apuesto, y su extraordinaria belleza, que desde que era un niño había llamado la atención de las gentes que habitaban en los contornos del Ida, lo hacía sobresalir de entre el resto de sus hermanos y hermanas, cuyos nombres aún no había logrado aprender. Era célebre el rey Príamo no solo por haber luchado en su juventud contra las amazonas a orillas del Sangario y por haber vivido bajo el cautiverio de Hércules, sino también por la cincuentena vástagos, entre hombres y mujeres, que había engendrado con sus dos esposas y sus numerosas concubinas. Al príncipe también le costaba acostumbrarse a su nuevo nombre, Paris, pues Agelao, al llevárselo a su casa para criarlo como si fuera hijo suyo, le había dado el nombre de Alejandro.

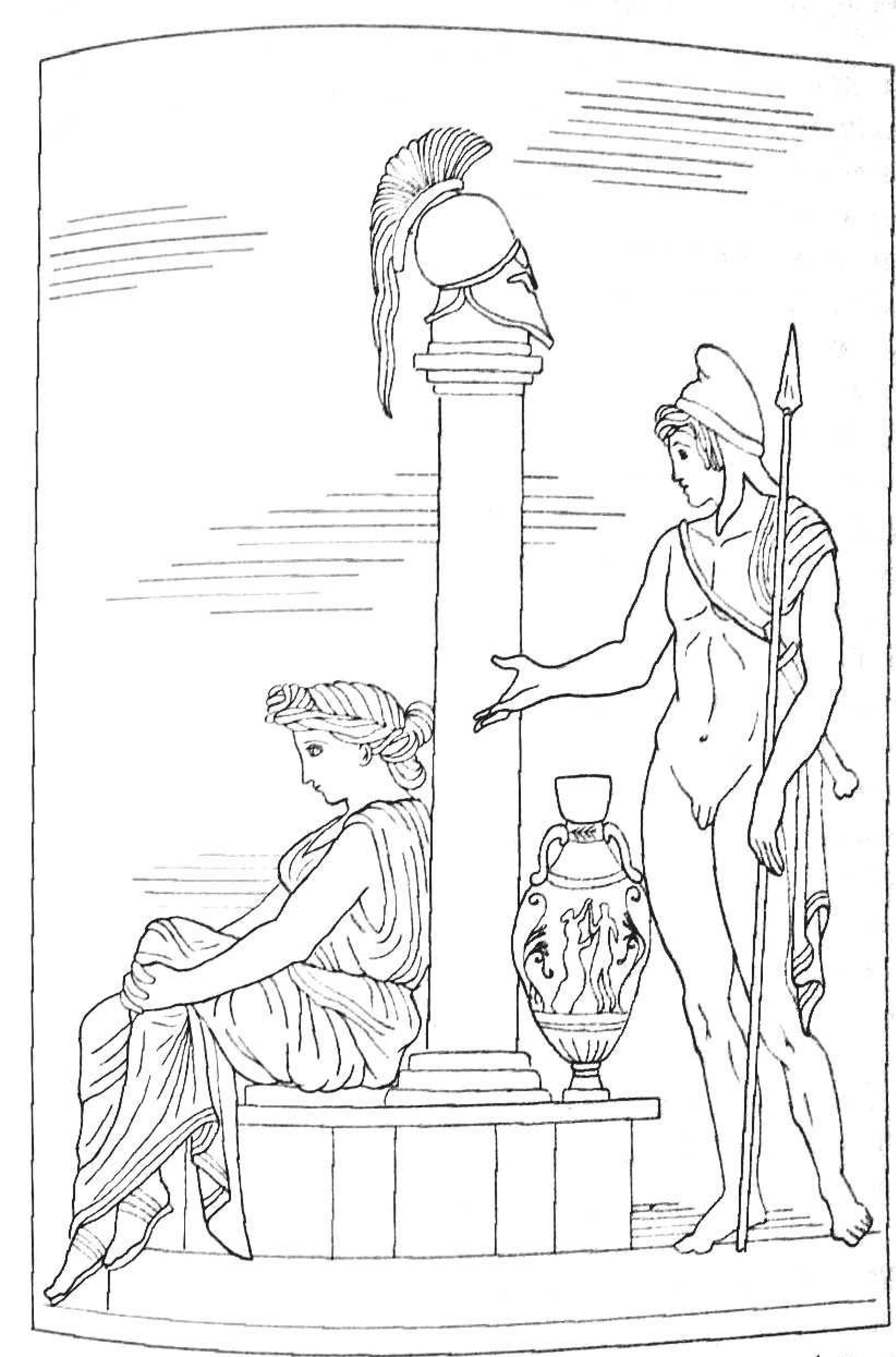
—Nuestro padre Príamo también fue conocido con otro nombre durante su infancia —le explicó Casandra mientras se adentraban por las callejuelas de Troya, camino de la puerta Escea. La sacerdotisa había advertido el desconcierto que todavía se instalaba en el rostro de su hermano cuando oía que se dirigían a él llamándolo por su verdadero nombre—. Antes de ser conocido como Príamo, el nombre de nuestro padre era Podarces.

—¿Por qué se lo cambió? ¿Acaso él también fue criado por otra familia? —inquirió Paris.

—La historia se remonta a la enemistad de nuestro abuelo Laomedonte con Hércules —dijo la sacerdotisa, dispuesta a

satisfacer la curiosidad de su hermano—. Laomedonte era célebre por hacer promesas que luego no cumplía, lo que enfureció a los dioses, que lo castigaron enviando sobre Troya todo tipo de calamidades. Ninguna, sin embargo, fue tan terrible como la ingeniada por Poseidón, el soberano que ciñe y bate la tierra, pues hizo surgir de las aguas, ante las costas troyanas, un monstruo marino que hacía naufragar los barcos y aterraba a los marineros. Laomedonte, desesperado, pidió ayuda a Hércules y le prometió entregarle los caballos divinos que poseía a cambio de que diese muerte a la horrenda criatura, pero cuando llegó el momento de saldar la deuda nuestro abuelo se negó a satisfacer lo acordado. Fue entonces cuando Hércules tomó Troya y dio cruel muerte a nuestro abuelo y a sus hijos —prosiguió Casandra—, con la excepción de Príamo y su hermana Hesíone, a quienes hizo prisioneros. Hércules no tardó en ofrecer en matrimonio a la bella Hesíone a su amigo Telamón, rey de Salamina, y Hesíone aprovechó la circunstancia para reclamar que Hércules le entregara a su hermano, que figuraba entre los esclavos del botín, como regalo de bodas. El hijo de Zeus replicó que, si Hesíone quería un esclavo, tenía que comprarlo, y entonces ella se despojó del velo que llevaba y se lo entregó. Hércules aceptó ese precio simbólico por el niño, y de ahí que nuestro padre adoptase el nombre de Príamo, «el que ha sido vendido».

Mientras conversaban, Paris y Casandra llegaron a la tumba de Laomedonte, donde se sentaron a descansar a la sombra de una higuera cargada de jugosos frutos que crecía cerca de donde se hallaba el túmulo funerario. Durante un rato, al tiempo que se acortaban las sombras y el sol alcanzaba su



Casandra y Paris se sentaron a descansar cerca de la tumba de Laomedonte.

cénit desafiando las tímidas nubes que se acercaban desde poniente, Casandra respondió pacientemente, de manera enigmática a veces, a las apremiantes preguntas de Paris, que acababa de descubrir que estaba emparentado con el mismísimo Zeus a través de su abuelo Laomedonte. Una vez satisfecha la curiosidad y repuestas las fuerzas tras la caminata, Paris se despidió de su hermana, le dio las gracias y emprendió en solitario el camino de regreso a palacio.

Aquella misteriosa joven de ojos oscuros no tenía nada en común con ninguna de sus otras hermanas, mucho más alegres y risueñas, aunque sí guardaba cierto parecido con su hermano gemelo Héleno, el intérprete de sueños, pensó Paris para sus adentros. Su otro hermano Héctor ya le había advertido acerca del carácter excéntrico y adusto de Casandra, y, al recordar las duras palabras con las que el primogénito de la casa real la había descrito, Paris esbozó una sonrisa: Héctor exageraba. Casandra solo era una inofensiva sacerdotisa que pretendía llamar la atención con sus desvaríos, una simple muchacha que anhelaba poseer el mismo don que los dioses le habían otorgado a su hermano Héleno y de la cual nada tenía que temer.

⋄⋄⋄

Tras despedirse de Paris, Casandra se dirigió rauda al templo de Apolo. Aunque la mayoría de las doncellas con las cuales había compartido su devoción por el dios tenían ya un esposo y habían formado su propia familia, Casandra seguía vistiendo las ropas blancas del sacerdocio y dedicando devotamente su vida al hijo de Zeus y Leto. La troyana aún confiaba en que Apolo la perdonase algún día y pusiese fin

a la cruel maldición que había arrojado sobre ella, y por eso, cuando se quedaba a solas en el templo, se postraba ante el ara y, con lágrimas en los ojos, imploraba su clemencia.

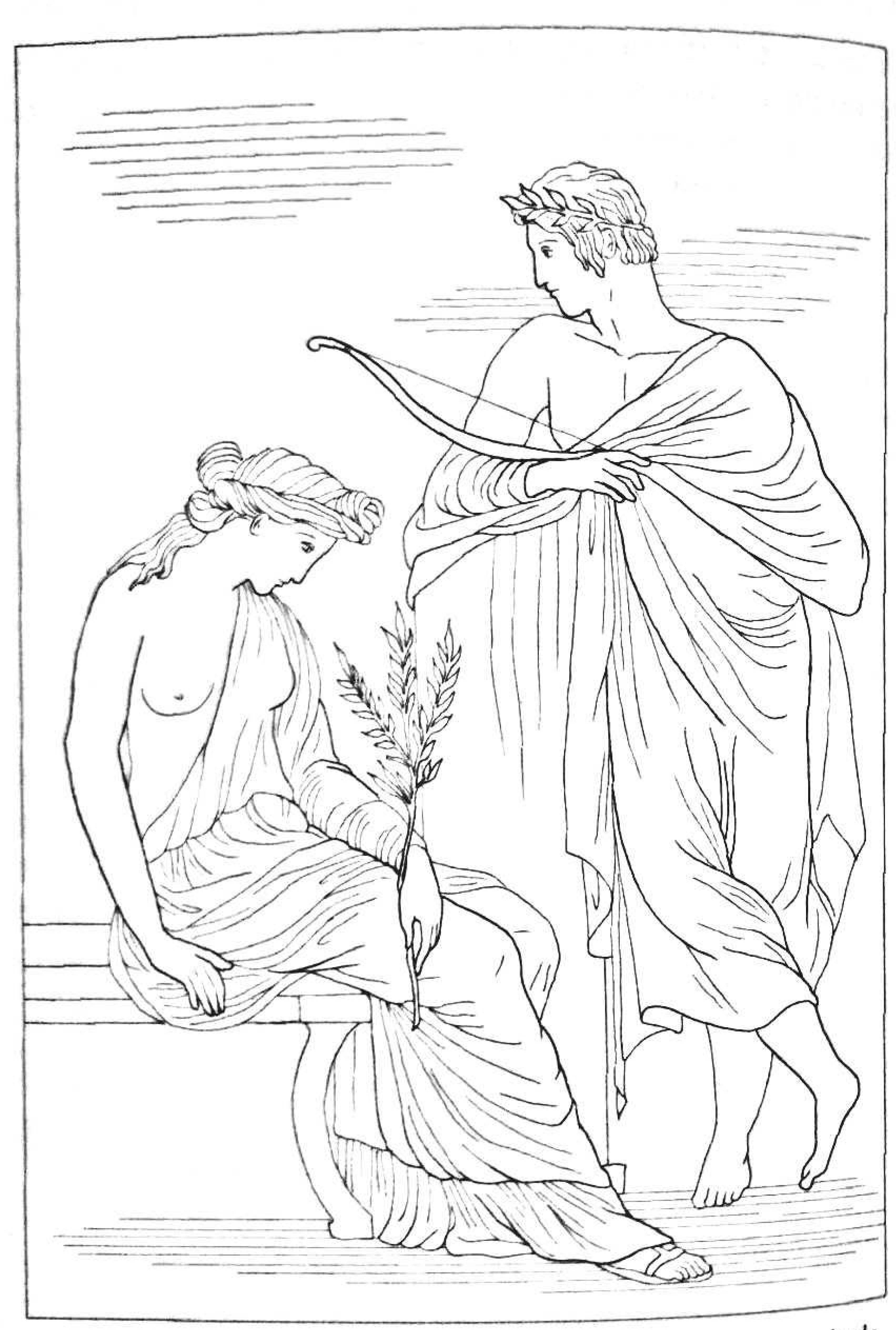
Al entrar en el templo, Casandra vio que estaba vacío. Como en otras ocasiones, se despojó de la fina túnica que cubría su cuerpo esbelto y todavía virgen, y, arrodillada a los pies de la estatua, le suplicó al dios que le permitiera saldar la deuda que había contraído con él.

—¡Apiádate de mí y toma mi cuerpo, poderosísimo Apolo! —dijo, acariciándose el vientre y los turgentes pechos—. Yo también, como mi abuelo Laomedonte, falté a la palabra dada, y justa es la ira con la que castigaste mi soberbia. ¡Pero a tu misericordia apelo, oh hijo de Leto, para que me permitas enmendar mi insensata conducta y accedas a retirar la cruel maldición que lanzaste sobre mí al otorgarme el don de la profecía!

En vano imploraba Casandra la clemencia de Apolo, pues no sabía que el dios ya no la deseaba. Tan enamoradizo como rencoroso, el hermoso Apolo había encontrado consuelo en los brazos de otras doncellas y había olvidado ya el ardiente deseo que en otro tiempo había sentido por su joven sacerdotisa troyana.

⋄⋄⋄

El largo verano había tocado a su fin y, al norte de la ciudad, las hojas de los álamos brillaban incandescentes contra un cielo ceniciento en el que se arremolinaban las nubes; era como si un incendio devorase la alameda, encendida con los tonos rojizos y ocres del benigno otoño que acababa de comenzar, y muchos troyanos se acercaban para admirar el



Casandra suplicó a Apolo que tomara su cuerpo para saldar finalmente su deuda.

espectáculo cromático que ofrecía el bosque. En el puerto, ensombrecido a causa de los negros nubarrones que oscurecían las agitadas olas, Paris supervisaba con impaciencia cómo los marineros terminaban de colocar las velas a la flotilla con la que pronto se haría a la mar mientras los esclavos subían a bordo los mascarones de proa que traían de los templos, donde era costumbre guardarlos mientras las naves estaban en tierra. El rey Príamo había aceptado el ofrecimiento de Paris de ir a Esparta para granjearse la amistad de Menelao y, a través de él, la de Agamenón, y el príncipe estaba ansioso por zarpar y demostrarle a su padre que era digno de la confianza que había depositado en él al concederle aquellos barcos. Con aquella misión, Príamo pretendía sellar un acuerdo de paz y amistad con el reino espartano a fin de intentar recuperar a su hermana Hesíone, que vivía en Salamina, pero convencer a los nobles del consejo troyano no había sido una empresa fácil: la mayoría se decantaba por prescindir de los discursos y enviar barcos de guerra para rescatar a la hermana del rey. Las enardecidas y juiciosas palabras de Paris los habían hecho cambiar de opinión, y finalmente habían aceptado que el joven príncipe viajara a Esparta en son de paz para negociar la devolución de su tía Hesíone.

Tras comprobar que las naves estaban listas para zarpar, Paris abandonó el puerto y se apresuró a regresar a palacio. Aquella tarde, Príamo había convocado a los miembros del consejo troyano en el salón del trono, y, al entrar en la suntuosa estancia, vestido con ropas principescas que realzaban su belleza y su regio porte, recibió las miradas afectuosas de los reyes y de su hermano Héctor, que lo saludó con una

ligera inclinación de la cabeza. Paris se dirigió a los pies del trono, hincó una rodilla en el suelo y mostró sus respetos a los soberanos de Troya. Príamo, complacido, le indicó que se alzara y, a continuación, ordenó:

—Que venga Eneas, el dardanio, pues para la aventura que mi hijo se dispone a emprender quiero darle la mejor compañía posible.

Príamo había dispuesto que el hijo de Anquises, rey de Dardania, acompañara a Paris en su viaje a tierras espartanas, lo que complació sobremanera al príncipe. Su primo Eneas era un hombre valeroso y sensato, y, aunque Paris y él se conocían desde hacía poco tiempo, se respetaban y disfrutaban de la mutua compañía. Sentada en el trono junto a su esposo, Hécuba sonreía ufana al ver que su hijo no solo era el joven más apuesto de la Tróade, sino también un muchacho maduro y juicioso que había sabido ganarse el afecto de los nobles.

—Las naves están listas para zarpar, y mañana, al alba, levarás las pesadas anclas y pondrás rumbo a la orgullosa Esparta. Guíate por la prudencia, hijo mío, y demuéstranos que eres merecedor de la confianza que hemos depositado en ti.

Así habló el rey y los nobles asintieron con la cabeza en señal de aquiescencia. Paris tomó entonces la palabra:

—No os decepcionaré. Cuando regrese a Troya…

Paris pretendía responder a las palabras del rey, pero su discurso se vio interrumpido por los gritos de Casandra, que había irrumpido súbitamente en el salón, perseguida por la guardia. Antes de que los soldados pudieran darle alcance, la sacerdotisa de Apolo, con el semblante pálido y

los cabellos en desorden, se arrojó a los pies del trono ante la estupefacción de todos los presentes. Casandra tenía el rostro desencajado y en sus ojos febriles brillaba el fulgor de la demencia.

—¡Detente, padre! ¡No permitas que las naves troyanas abandonen el puerto! ¡Húndelas en el mar antes de dejar que crucen el Egeo, pues traerán la perdición a nuestra patria! —suplicó postrada ante Príamo.

Príamo se alzó y, con el ceño fruncido, le lanzó una hiriente mirada a su hija.

—¡Insensata! ¿De qué hablas? ¿De nuevo vienes a amenazarnos con funestos augurios que tan solo son fruto de tu mente enferma? ¿Hasta cuándo deberemos soportar tus desatinos?

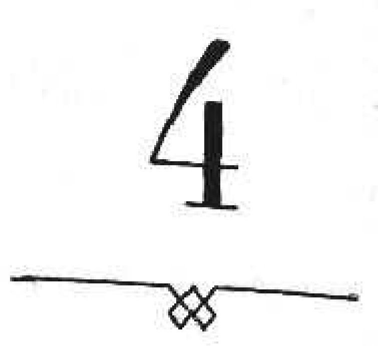
Sin hacer caso de los reproches de su padre, Casandra se puso de pie y se acercó a Paris.

—¡Volverás trayendo incendios! —lo increpó, fuera de sí—. ¡Ay, no sabes en busca de qué inmensa llama vas por estas aguas…! Yo misma he visto el tizón ardiendo que madre soñó la noche antes de darte a luz! A tu regreso, el fuego lo devorará todo… ¡Será el fin de esta ciudad y el de nuestra estirpe, pues la sangre de los troyanos teñirá de rojo las calles de Troya mientras las llamas la reducen a un montón de escombros y cenizas!

Un silencio sobrecogedor se apoderó del salón del trono. Hécuba, incapaz de contener las lágrimas al comprender la gravedad del vaticinio pronunciado por Casandra, abandonó la estancia acompañada de una de sus hijas. Encolerizado Príamo, al ver el angustioso dolor que las palabras de la joven habían causado en su esposa, intercambió una

mirada con su hijo Héctor y ordenó a los guardias que se la llevaran. En el suelo, frente al trono, Casandra chillaba, pataleaba y se revolvía como un animal salvaje mientras los soldados intentaban ponerla de pie y llevársela a rastras.

—¡Pobre muchacha…! —murmuró Antenor, el más venerable de los consejeros de Príamo, mientras la guardia se la llevaba—. La princesa Casandra ha perdido la razón…



Tras los muros de Ilión

El sobrecogedor silencio que se cernía sobre Troya en la hora crepuscular, tras el cese de los combates, no tardaba en romperse al caer la noche. En la hora vespertina, cuando la oscuridad y el humo de las hogueras se apoderaban del cielo, el aire se llenaba con los gemidos de los heridos y los moribundos, con los desconsolados sollozos de quienes habían perdido a un hijo, a un padre, a un marido, a un hermano o a un camarada en el campo de batalla. Enmudecidas las espadas y las lanzas, los enardecidos gritos de guerra y las sibilantes flechas y proyectiles, la noche daba paso a los quejidos lastimeros, a los suspiros postreros, a los gritos desgarradores de quienes todavía se aferraban a la vida pese a los espantosos dolores que les provocaban los huesos quebrados y las supurantes laceraciones. También al otro lado del Escamandro, al precipitarse la noche, los griegos se ocupaban de curar las heridas de los suyos y lloraban y enterraban a sus muertos.

Habían transcurrido diez años desde el inicio de la guerra, y, en ambos bandos, el arrojo y las bravatas habían dado paso a la fatiga y la desesperación. En Troya, la comida escaseaba, y las piedras arrancadas de los muros de las casas abandonadas habían tenido que sustituir a los proyectiles que los soldados arrojaban a los griegos desde las almenas. En el campamento aqueo, las numerosas bajas obligaban a los soldados a concentrar los ataques en un único punto, restando eficacia al asedio. El desánimo hacía mella entre la tropa y también entre los caudillos, que añoraban la patria y las familias que habían dejado atrás.

En la ciudadela de Troya, mientras Príamo y Hécuba lloraban desconsolados a los hijos que habían perdido durante el largo asedio, Casandra y algunas de sus hermanas elevaban plegarias a los dioses y confortaban a los parientes heridos.

—¿Dónde está la perra argiva? —preguntó Polixena, refiriéndose a Helena—. ¡Debería estar aquí, no calentando el lecho de Deífobo!

—¡Y pensar que nuestro padre se la ha dado en matrimonio a nuestro propio hermano! —añadió Lisímica, otra de las hijas de Príamo.

—¡Tendría que haberla arrojado a los perros! —exclamó Polixena con rabia.

Tras la muerte de Paris, que la había seducido y la había llevado con él a Troya, el rey había ofrecido la mano de su nuera Helena «al más valiente». Héleno, el hermano gemelo de Casandra, e Idomeneo, otro de los hijos de Príamo, también habían pretendido la mano de la bella espartana, pero finalmente la elección había recaído en Deífobo, quien, tras

la muerte del primogénito Héctor a manos de Aquiles, había asumido el mando del ejército troyano y lideraba la resistencia.

—De todos modos, desde que Paris murió, su belleza se ha marchitado y se pasa el día encerrada en sus aposentos —recordó Lisímica.

Casandra, absorta en sus cavilaciones, apenas prestaba atención a la conversación que mantenían sus hermanas. En cierto modo, se compadecía de Helena y evitaba insultarla, pues en el profundo pesar que veía en los ojos de la troyana encontraba reflejada su propia tristeza. En palacio, todo el mundo se mostraba de acuerdo en que el irreflexivo comportamiento de Helena había desencadenado aquella cruel guerra que había precipitado al Hades a tantos jóvenes guerreros en la flor de la juventud, pero Casandra no podía evitar pensar que la espartana solo había sido un juguete en manos de los dioses, que desde el Olimpo se habían servido de su excepcional belleza para dirimir sus disputas y rivalidades. La que en otro tiempo fuera la mujer más hermosa de la tierra, codiciada por reyes y príncipes de todos los reinos de Grecia, se había convertido en una escuálida sombra de cabellos canos y piel cenicienta que había renunciado al amor y a la dicha del deseo. Todas aquellas muertes, toda aquella destrucción eran culpa suya, se reprochaba a sí misma mientras vagaba apesadumbrada y llorosa por las solitarias estancias de palacio, sin que nadie le ofreciese alguna cálida palabra de consuelo. ¿Cómo había dejado que Afrodita le nublara el entendimiento hasta el punto de traicionar y abandonar a su esposo Menelao para consumar su adulterio en una tierra extranjera? Troya era

una ciudad opulenta, y al huir con Paris había proporcionado a los aqueos la excusa perfecta para invadirla y hacerse con sus riquezas.

◇◇◇

Faltaba poco para la medianoche cuando, rendidas por el cansancio, las tres hermanas emprendieron el regreso a palacio. En Troya, la comida empezaba a escasear, y, a su paso, las ratas se escabullían sigilosas y buscaban refugio entre las ruinas de las casas destruidas por los proyectiles enemigos. Las ratas huían de los hambrientos perros, que, amparándose en la oscuridad, salían a darles caza.

—Uno de los soldados heridos me ha dicho que los espías que nuestro hermano Deífobo ha enviado al campamento aqueo han descubierto que los griegos están reparando sus barcos —dijo Polixena en voz baja.

—¡Ay…! ¿Será cierto que los griegos se preparan para zarpar? ¿Habrán escuchado al fin los dioses nuestras plegarias? ¿O se trata solo de los delirios de algún pobre moribundo? —dijo Lisímaca con escepticismo.

—¿Tú qué crees, hermana? —le preguntó Polixena a Casandra—. ¿Es posible que los griegos se hayan dado por vencidos y se dispongan a regresar a su patria?

Mientras escuchaba las palabras de Polixena, Casandra, con la mirada elevada al cielo, olisqueaba el aire y observaba el oscuro firmamento, plagado de estrellas. Ni la más leve brisa perturbaba la quietud de las hojas de los árboles ni la placidez de un mar en calma que había dejado de rugir en los acantilados y que lamía con timidez la arena de las playas. La noche, benigna y suave, parecía augurar la paz que todos anhelaban.

—Pronto se levantará un viento furioso que batirá las olas, arrancará de cuajo los troncos de los árboles y recorrerá con violencia las calles de Troya. Será mejor que nos apresuremos a regresar a palacio, pues temo que el vendaval que se desatará sea un augurio de la cólera de los dioses y un auspicio de desgracias venideras —dijo.

Las palabras de Casandra provocaron que Polixena y Lisímaca intercambiaran una sonrisa y comenzaran a burlarse de ella, como solían hacer cada vez que su hermana profería sus vaticinios. Casi habían llegado a palacio cuando una súbita ráfaga de viento que arrastraba polvo y hojas estuvo a punto de provocar que las tres hermanas cayeran de bruces al suelo. En pocos instantes, el viento intensificó su furia y las princesas comenzaron a correr para evitar ser alcanzadas por las piedras, las ramas y los innumerables objetos que volaban en todas direcciones, empujados por la ventisca.

Aquella larga noche, los troyanos permanecieron despiertos en sus hogares, incapaces de conciliar el sueño a causa del enfurecido vendaval que azotaba la ciudad. Casandra, recluida en sus aposentos, tampoco dormía. El ensordecedor bramido del viento la mantenía despierta, como a todos en palacio, hasta que, al despuntar la aurora, el agotamiento hizo que sus miembros se aflojaran y que durante unos breves instantes sus párpados se entrecerraran. Apenas su mente había empezado a adentrarse en las tinieblas del sueño cuando los alaridos de Helena, que recorría los oscuros corredores descalza y vistiendo únicamente un fino camisón, le provocaron un sobresalto.

—¡Despertad! ¡Despertad todos! ¡El campamento griego está ardiendo! —gritaba fuera de sí.

Casandra corrió hacia la ventana y vio que un brillante resplandor teñía de rojo el mar y el cielo del amanecer al otro lado del Escamandro. El viento había dejado de soplar, y, en las calles, la muchedumbre había salido en tropel de sus casas para contemplar el furioso incendio que devoraba el campamento de los aqueos y celebrarlo con gritos de júbilo. No tardaron los soldados y los carros del ejército troyano en estar preparados y en formación, y, a la orden de Deífobo, las puertas Esceas se abrieron para franquearles la salida. Con Deífobo a la cabeza, a lomos de su hermosa yegua de bellas crines, los caudillos y los soldados se dirigieron al campamento aqueo, que en aquellos momentos estaba envuelto en densas volutas de humo que se elevaban al cielo desafiando las doradas luces del amanecer. Los soldados, sin embargo, no iban solos. En esta ocasión los acompañaban muchos troyanos y troyanas que querían ver con sus propios ojos si el rumor que corría en boca de todos era cierto: que los griegos habían incendiado su campamento y habían abandonado Troya, a bordo de su naves.

Mientras los troyanos salían de la ciudad exultantes, profiriendo gritos de júbilo, Casandra encaminó sus pasos al templo de Apolo a fin de cumplir con sus obligaciones de sacerdotisa. El recelo que había en la mirada de la troyana contrastaba con las caras sonrientes que encontraba a su paso, aunque, por primera vez desde que se iniciara la guerra, un tímido sentimiento de esperanza empezaba a abrirse paso en su corazón. ¿Sería cierto que se había equivocado al interpretar los augurios?, se preguntaba. ¿Y si había malinterpretado la voluntad de los dioses y las devastadoras llamas que había visto en su visión pertenecían, en realidad,

al pavoroso incendio que en esos momentos devoraba el campamento griego?

◇◇◇

El sol había empezado su descenso hacia el océano cuando Lisímaca, que acababa de regresar a la ciudad, se dirigió al templo de Apolo para referirle a su hermana el sorprendente hallazgo que habían hecho al llegar al campamento aqueo.

—Nada queda ya de las tiendas ni de la empalizada, consumidas por el fuego —explicó Lisímaca—. Pero en la antigua ágora, frente al altar de Atenea, los griegos han dejado una colosal estatua de madera que, según los sacerdotes, es una ofrenda con la que pretenden aplacar la cólera de Atenea. Según ha revelado un griego renegado, al que encontraron malherido por sus propios compañeros, Calcante, el adivino de los griegos, afirmaba que desde que Ulises y Diomedes robaron con las manos manchadas de sangre su estatua del templo que tenía en Troya, la diosa estaba furiosa e impedía que los barcos de los aqueos lograran adentrarse en el mar para regresar a Grecia.

—¿De qué clase de estatua se trata? —inquirió Casandra.

—La mole, construida con tablones de pino entrelazados, tiene la forma de un caballo y el tamaño de un peñasco para que no pueda penetrar a través de las puertas Esceas. Al parecer, los griegos piensan volver a Troya con sus corvos navíos en cuanto recuperen el favor de Atenea, pero su increíble tamaño obedece a que Calcante los advirtió de que, si el caballo entraba en la ciudad, serían los troyanos quienes se ganarían el favor de Atenea.

—¿Y qué han decidido hacer con él nuestros caudillos?

—Los soldados ya están preparando sogas para arrastrarlo por la llanura y traerlo a la ciudad, pues los griegos lo construyeron sobre una plataforma con ruedas de madera para poder transportarlo hasta el altar de Atenea —explicó Lisímaca, que sin poder contener la emoción, añadió—: ¡Oh, hermana, es tan hermoso...! No carece de detalle. Las orejas enhiestas, los dientes prestos a mascar, las brillantes herraduras, hechas con concha de tortuga... ¡Tan bien tallado está que parece como si, de un momento a otro, fuera a salir trotando y relinchando!

La débil llama de esperanza a la que horas antes se había aferrado Casandra se apagó al oír lo que le relataba su hermana. Invadida por un presentimiento funesto, salió del templo y se dirigió a una de las almenas de la muralla exterior a fin de contemplar, desde un lugar elevado, la llegada de la portentosa imagen. Se hundía ya el sol en el océano y brillaba el cielo con los anaranjados colores del atardecer cuando la sacerdotisa vio, a lo lejos, acercarse a la inmensa mole, que se desplazaba con lentitud tirada por hombres y caballos. Nada más posar sus ojos en ella, sus pupilas se dilataron, sus cabellos se erizaron y sus miembros se vieron sacudidos por violentos y dolorosos espasmos. En su visión, el portentoso caballo reposaba en la acrópolis, frente al templo consagrado a Atenea, rodeado del humo y las llamas del devastador incendio que destruía la ciudad. Troya entera ardía, y, en sus calles, se amontonaban los ensangrentados cuerpos de los troyanos gritando en terrible agonía.

Al volver en sí del trance, sudorosa, jadeante y trastornada aún por la aterradora visión, Casandra vio a una multitud que se agolpaba frente a las puertas Esceas junto a un grupo de zapadores y artesanos que, armados con picos, ensanchaban

el acceso para permitir que el monstruoso caballo entrara a través de ellas en la ciudad. Con la blanca túnica empapada en sudor, los cabellos en desorden y la mirada enfebrecida, Casandra descendió de la muralla y, sin pérdida de tiempo, se dirigió presurosa hacia las puertas abriéndose paso a empujones entre la frenética multitud. La mole ya había atravesado el dintel cuando Casandra, situándose frente al caballo con los brazos extendidos para impedirle el paso, empezó a gritar exigiendo a los troyanos que destruyeran la estatua.

—¡Necios que vais en desfile enguirnaldando este engendro enemigo, festejáis el último día de nuestra vida! ¡Qué desgracias vais a sufrir, desdichados, si no lo rompéis con hachas o lo quemáis con fuego, porque no es para Atenea, ni para Apolo, ni para ninguno de los dioses que nos protegen, sino para las erinias, que quieren vengarse en nosotros del matrimonio adúltero de Helena! ¡Ay de ti, ciudad de mis antepasados! ¡Pronto serás ligera ceniza! ¡Dentro de los muros rodará purpúreo un mar de sangre derramada y una ola de muerte!

Las burlas y los gritos de la multitud congregada ante las puertas Esceas acallaron la voz de Casandra, a quien consideraban una charlatana. Nadie la creía, y todo el mundo reía al ver a la enloquecida sacerdotisa gritando fuera de sí y profiriendo funestos vaticinios. Deífobo, avergonzado por el comportamiento de su hermana, ordenó a la guardia que se la llevara. Los soldados asieron a Casandra de los brazos, la sostuvieron en volandas y, a rastras, la condujeron de regreso a sus dependencias. Durante todo el trayecto, entre las risas y las burlas que estallaban a su paso, Casandra no dejaba de gritar a quien quisiera oírla:

—¡Destruid ese caballo, insensatos! ¡Salvad Troya!

5

Agamenón

Se habían apagado las luces del crepúsculo y la luz cenital de la luna bañaba los rostros sonrientes de los troyanos, que aun siendo noche cerrada seguían llenando con sus canciones y risas las calles de Troya. Reunidos en grupos en torno a improvisadas hogueras, asaban cabras y ovejas mientras brindaban con las copas repletas de vino y bailaban al son de los tambores y las siringas. Exultantes estaban los de Ilión tras la inesperada partida de los aqueos, y en ebrio tumulto festejaban la anhelada paz tras largos años de guerra. Se congratulaban además los troyanos de la inesperada protección de la que ahora gozaba la ciudad, pues el inmenso caballo de madera que los griegos habían construido para desagraviar a la gloriosísima Atenea estaba ya en su poder y eso hacía que se sintieran invencibles. Si algún día los caudillos griegos decidían regresar con voluntad de asedio a las costas troyanas, la diosa de los ojos de lechuza les

protegería y, según había vaticinado el adivino Calcante, les proporcionaría la victoria.

Mientras las calles y las plazas de Troya bullían de felicidad, Casandra permanecía apartada en uno de los edificios cercanos al palacio de Príamo, bajo la protección de la guardia. En su recogimiento, la sacerdotisa derramaba lágrimas de impotencia al ver la ofuscación que nublaba la mente de sus compatriotas, que festejaban la repentina huida de los griegos sin sospechar la taimada astucia de la que habían sido objeto. Apostada en la ventana, Casandra contemplaba la imprudente celebración y oteaba el horizonte en busca de peligros. Todavía estaba trastornada por la terrible visión que la había sacudido al ver el monstruoso caballo, y, presintiendo la amenaza que se cernía sobre la ciudad, se mantenía vigilante pese a saber que de nada servirían sus advertencias.

A medida que avanzaba la noche, las hogueras se fueron apagando y los eufóricos cánticos enmudeciendo. Aflojados los miembros a causa del cansancio, la sabrosa carne y el perfumado vino, los troyanos regresaban a sus casas para yacer con sus esposas y entregarse al dios del sueño tras la extenuante jornada. Quedó Troya desierta y en silencio al apagarse las últimas fogatas, y solo unos pocos centinelas, apostados en las almenas de la muralla exterior, permanecieron despiertos. Los soldados encargados de velar por la seguridad de la ciudadela tenían que luchar, sin embargo, para no dejarse vencer por el sueño, pues también ellos habían abusado del vino y los párpados se les cerraban.

La luna llena iluminaba la llanura y las plateadas olas de un mar en calma sin que la más leve brisa perturbase la quietud

de aquella noche plagada de estrellas. De repente, Casandra se sobresaltó al ver que un resplandor rojizo cruzaba el cielo más allá del río. Solo podía tratarse del fuego que transportaba la flecha lanzada por algún arquero enemigo, dedujo la sacerdotisa, que con aquella ígnea señal pretendía dar aviso a los griegos que, sin duda, permanecían escondidos. Casandra no se equivocaba, pues las corvas naves helenas nunca habían partido hacia Grecia, como creían los troyanos, sino que permanecían ocultas en las playas y radas de la isla de Ténedos a la espera de que su caudillo Agamenón desplegase las blancas velas y diese la orden de zarpar hacia la costa troyana. Advirtiendo la inminencia del peligro, Casandra corrió hacia la puerta y salió gritando para alertar a la guardia.

—¡Despertad! ¡Los griegos han regresado! ¡Tenéis que avisar a Deífobo…! —suplicaba la sacerdotisa ante el rostro impasible de los guerreros.

Comprendió Casandra que, aunque los gritos afónicos que salían de su garganta lograsen truncar el sueño de los troyanos que dormían confiados en sus camas con el profundo sopor que propicia el vino, tampoco ellos la escucharían. Sabiendo que sus advertencias serían vanas, regresó abatida a sus aposentos, y, al mirar de nuevo por la ventana, distinguió sobre el oleaje la inquietante silueta de los bajeles griegos, que furtivamente se acercaban a la costa. De pronto, una nueva visión la hizo estremecerse: las puertas Esceas se abrían ante la impotencia de los somnolientos centinelas, a quienes, en su mente, veía asesinados con silenciosos tajos en el cuello por los valerosos guerreros aqueos que habían entrado en la ciudadela de Troya escondidos en el vientre del monstruoso caballo.

—¡Atended a mis palabras! —imploraba Casandra—. ¡Ay, necia de mí, que en mala hora provoqué la cólera de Apolo y fui víctima de una cruel maldición...!

Los griegos no tardaron en entrar en tropel y pronto el caos se apoderó de Troya. Ofuscados y ansiosos de venganza, recorrían las calles provistos de antorchas y las arrojaban al interior de las casas, desencadenando por toda la ciudad pavorosos incendios. Las mansiones más ricas y opulentas las saqueaban después de violar y asesinar a las mujeres y de dar cruel muerte a sus dueños, que en vano se postraban ante sus atacantes y suplicaban clemencia. No tenían piedad las broncíneas lanzas y las afiladas espadas, pues los aqueos, sedientos de sangre y ebrios de cólera, daban rienda suelta a su ira y asesinaban sin distinción a hombres y mujeres, a niños y ancianos. En las cercanías del palacio de Príamo, un desconcertado Deífobo intentaba reorganizar sin éxito la defensa con un número cada vez más menguado de guerreros mientras, a su alrededor, se acumulaban los cadáveres y los escombros de los edificios derribados por el fuego. Se cumplía el sueño de Hécuba y ardía Troya, y nada podían hacer los troyanos para impedir la espantosa masacre que tenía lugar entre sus muros.

◇◇◇

Al percatarse de que los griegos habían penetrado en Troya, los centinelas habían abandonado a Casandra para correr raudos a unirse a la precaria defensa que Deífobo intentaba organizar. En medio de la confusión, la sacerdotisa se dirigió también al palacio de Príamo con la esperanza de encontrar refugio entre sus muros, pero al ver que el edificio

se encontraba bajo asedio y que era imposible rebasar a los aqueos, dio media vuelta y echó a correr.

Casandra recorría las calles descalza, con los oscuros cabellos en desorden y la túnica empapada en sudor, tropezando a cada paso con los cadáveres que se acumulaban por doquier. No tardó en ser descubierta por un grupo de asaltantes, quienes, tras increparla con palabras soeces, de inmediato empezaron a perseguirla. Emprendió la huida al instante la troyana y, sin proponérselo, la carrera la condujo hasta la plaza donde se alzaba el templo de Atenea, frente al cual todavía se mantenía en pie el aberrante caballo. Al ver que los hombres estaban a punto de alcanzarla, subió a toda prisa por las escalinatas y entró en el sagrado recinto, creyendo que sus perseguidores no osarían profanar el templo de la temible diosa de los ojos de lechuza.

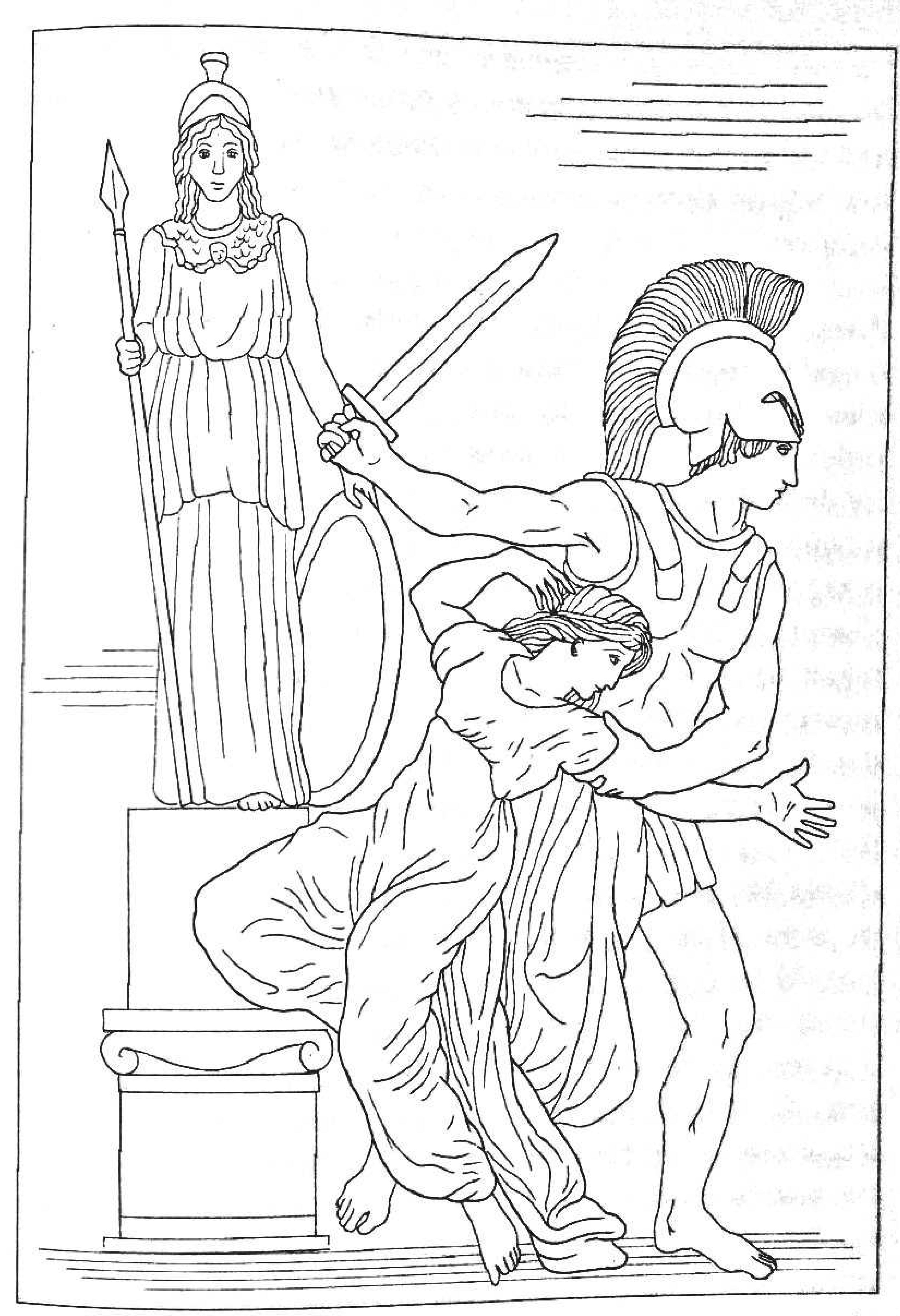
Temerosos de desatar la ira de la indómita Atenea, los aqueos desistieron, con la excepción de Áyax de Lócride, el hijo del rey Oileo, que no quería renunciar a la hermosa presa. La bella sacerdotisa había inflamado su deseo, y él, sudoroso y cubierto de cenizas y de sangre ajena, no se lo pensó dos veces y atravesó las puertas del templo. En su interior, arrodillada a los pies de la efigie de madera con la que los troyanos habían sustituido el Paladio robado por Ulises y Diomedes, Casandra todavía jadeaba tras la extenuante carrera. Áyax avanzó hacia ella con la mirada encendida de lujuria, pero la troyana, en vez de huir, se abrazó a la estatua y, llena de desesperación, imploró la protección de la diosa. Áyax siguió acercándose con la impudicia ardiendo en sus ojos, y, al ver que la sacerdotisa no se movía, la asió por los cabellos y tiró de ellos sin compasión para obligarla

a alejarse de la estatua. En vano intentó Casandra defenderse del fornido guerrero, que al ver que su víctima se resistía le propinó una violenta bofetada. Aturdida por el golpe, no pudo evitar que el locrio se la echara al hombro como si fuera una oveja destinada al sacrificio y que se encaminara con ella hacia la salida.

A lomos de Áyax, con los brazos extendidos en dirección a la estatua, Casandra gritaba y suplicaba la ayuda de la poderosa Atenea. Había recorrido su agresor la mitad del trecho que lo separaba de la puerta cuando, de súbito, la imponente imagen empezó a trepidar sobre el pétreo pedestal. El suelo del santuario retumbó a su vez, haciendo temblar las columnas y los muros que lo sustentaban, lo que paralizó a Áyax. Casandra, aterrada, vio que los ojos de la imagen se elevaban hacia arriba, como si con aquel gesto Atenea quisiese apartar la mirada para mostrar la repulsa que le producía la impía profanación de la que era objeto su templo. Temiendo que el techo se desmoronase, Áyax asió con fuerza a Casandra, apretó el paso y logró salir del edificio.

Una vez fuera del templo, el de Lócride arrojó a Casandra al suelo y, tras arrancarle la túnica, se abalanzó sobre ella y cruelmente le arrebató la virginidad. Nada pudo hacer la sacerdotisa para evitar que el guerrero la poseyese, y, cuando, satisfecha la lujuria, su atacante abandonó el lugar con la intención de incorporarse a los combates que aún tenían lugar en las calles, Casandra logró entrar de nuevo en el sagrado recinto y, arrastrándose hasta los pies de la imagen, le suplicó a Atenea que hiciese suya su venganza.

—Poderosa hija de Zeus, divina entre dioses, mira el respeto que tienen los griegos, a quienes tanto estimas, por



Áyax agarró a Casandra con la mirada encendida de lujuria y la alejó del Paladio.

los suplicantes que se postran ante ti. No permitas que ese hombre impío, que ha mancillado tu sagrada mansión, vuelva a ver a los suyos ni a pisar de nuevo su patria —murmuró, implorante, antes de desvanecerse.

◇◇◇

Asomaba ya tras las montañas la aurora de azafranados dedos cuando, al pasar junto al templo de Atenea, el poderoso Agamenón, soberano de Micenas y jefe supremo del ejército vencedor, decidió sentarse en las escalinatas del edificio para reposar durante unos instantes sus fatigados miembros. Ya no era ningún jovenzuelo, y aunque compensaba con la experiencia el vigor del que hacían gala en el combate los guerreros más jóvenes, la noche había sido larga y necesitaba descansar un rato antes de reunir de nuevo a los hombres para organizar el reparto del sustancioso botín que habían reunido. A su alrededor, la mayoría de los soldados también reposaban tumbados en improvisados lechos, agotados tras la trepidante noche de furia, y un espeluznante silencio se había apoderado de la ciudadela. Mientras se desprendía del peto de cuero que protegía su pecho, el Atrida oyó unos sollozos que provenían del interior del templo y, atraído por ellos como el lobo por los balidos de una oveja, se puso de nuevo en pie y entró en el recinto.

A los pies de la estatua de Atenea, una mujer lloraba acurrucada y cubría su rostro con sus manos. Tenía los cabellos alborotados y en desorden, y la deshilachada túnica que vestía, ensangrentada y hecha jirones, apenas lograba cubrir su cuerpo sucio y magullado. El monarca se acercó despacio y, arrodillándose, puso su cara a la altura de la de ella y apartó sus manos para ver su rostro.

Casandra fijó sus ojos en el Atrida. El aspecto de aquel guerrero imponente era aterrador, e instintivamente protegió su rostro y sus desnudos senos con los brazos y echó el cuerpo hacia atrás. Agamenón tenía costras de sangre seca en la cara y en los cabellos, y sus ropas, al igual que sus piernas, sus brazos y sus manos, estaban manchadas de sangre oscura. Temiendo ser ultrajada de nuevo, sin fuerzas siquiera para implorar clemencia, Casandrase se acurrucó, como si con aquel gesto pudiese volverse invisible, pero Agamenón la asió por las muñecas y apartó las manos de su cara.

Vio el guerrero que en el rostro de la sacerdotisa, humedecido por las lágrimas, se advertían los crueles golpes que le había propinado Áyax durante el forcejeo. Casandra tenía hinchados el labio superior y el ojo derecho, y la sangre que había manado de sus heridas había ensuciado su rostro. Sin embargo, a pesar de las magulladuras y las laceraciones, le pareció una mujer muy hermosa. En medio de tanta destrucción, Casandra era como el delicado lirio que crece entre los espinosos cardos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el rey.

Casandra no respondió. No sabía que aquel temible soldado era el poderoso Agamenón de Micenas, la mención de cuyo nombre era suficiente para producir terror en el alma de cualquier troyano.

—Termina de una vez con mi vida —imploró Casandra—. ¡Oh, noble señor, no me arrojes de nuevo a la furia de tus hombres! ¡Dame un puñal y yo misma me procuraré el viaje al reino tenebroso de Hades!

Agamenón, subyugado por el brillo de aquellos ojos bañados de tristeza y oscuridad, acarició los cabellos revueltos de Casandra con su robusta mano para tranquilizarla.

—Tus ropas parecen las de una sacerdotisa —observó—. ¿Es a la gloriosísima Atenea a quien sirves?

Casandra bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Hasta esta infausta noche, era una de las sacerdotisas de Apolo, pero perdí ese privilegio al perder mi virginidad.

—Entonces, tú debes de ser la princesa Casandra, la hija del rey Príamo —dijo Agamenón, que había oído hablar de la troyana y de sus delirantes vaticinios.

Casandra, sorprendida al ver que el guerrero la había reconocido, comprendió que no estaba ante un simple soldado, sino frente a uno de los caudillos de ejército griego. Sin hacer caso de sus protestas, Agamenón la tomó en brazos y salió con ella del templo, abriéndose paso entre los cadáveres y las ruinas que se amontonaban en las calles. Mientras se encaminaba hacia el lugar donde las prisioneras troyanas permanecían cautivas, a la espera que los caudillos aqueos se las repartiesen como botín, Casandra reconoció el nombre que vitoreaban a su paso los camaradas del guerrero: el hombre que la sostenía en brazos era nada menos que el rey Agamenón, el invencible caudillo que había segado la vida de tantos troyanos.

◇◇◇

No estaba acostumbrada Casandra al vaivén de los navíos, y la monótona oscilación del barco sobre las olas le producía un desagradable malestar. Acababan de izar el ancla los marineros y Troya empezaba a alejarse de su vista, reducida a escombros tras el saqueo y los numerosos incendios. Al contemplar las ruinas de la que un día fue una de las ciudades más hermosas de la Tróade, las lágrimas volvieron a rodar por

sus mejillas y se mezclaron con las salpicaduras saladas de las olas. Bajo las cenizas yacían ahora sepultados sus hermanos y sus hermanas, entre ellas la dulce Polixena, sacrificada sobre el sepulcro de Aquiles, y también su madre, la reina Hécuba, así como su padre, el buen rey Príamo, que había encontrado la muerte a manos de Neoptólemo tras haber tenido que presenciar cómo el vengativo hijo de Aquiles inmolaba sin piedad al jovencísimo Polites. La propia Casandra había sufrido en su cuerpo la desalmada violencia de los griegos, y ahora, al despedirse de Troya para siempre a bordo del barco de Agamenón de Micenas, los dolorosos recuerdos se agolpaban en su mente y volvían a llenar de tristeza su corazón.

En el transcurso de los meses previos a la partida, mientras las naves aqueas esperaban vientos favorables para hacerse a la mar y regresar a la patria, el poderoso rey Agamenón la había hecho su concubina. Llegado el momento de repartir el botín, el comandante en jefe de los griegos había reclamado para sí a la hermosa troyana, que de este modo había pasado a convertirse en su esclava. Casandra había despertado en el guerrero un afecto cuya naturaleza no alcanzaba a comprender —pues era inconcebible que fuera verdadero afecto—, pero que, del modo que fuere, le permitía a ella gozar de su protección. Agamenón, que había entrado ya en la edad madura, se sentía rejuvenecer al experimentar de nuevo el fuego de la pasión entre los brazos de la hermosa sacerdotisa, y, pese a su carácter adusto y belicoso, a menudo se mostraba amable y la trataba con gentileza.

Con resignación tuvo que aceptar Casandra las visitas del Atrida a su lecho, pues convertirse en dóciles concubinas de sus captores era el destino que les aguardaba a las mujeres

de noble cuna si querían evitar padecer una muerte cruel precedida de mayores vejaciones. La sacerdotisa se mostraba esquiva al principio, pero las delicadas caricias que Agamenón le prodigada y las suaves palabras que le susurraba al oído cuando yacía con ella paulatinamente empezaron a vencer su renuencia. Casandra aprendió a abandonarse a las nuevas sensaciones que experimentaba su cuerpo cuando estaba en brazos de su captor, y poco a poco sus caricias dejaron de repugnarle. A pesar del odio que sentía hacia el formidable guerrero que había liderado la destrucción de Troya, a su lado se sentía segura, y con el tiempo empezó a sucumbir a los placeres del deseo que le ofrecía el hombre que había decidido erigirse como su protector.

No tardó Casandra en quedarse encinta, y la perspectiva de ser madre empezó a mitigar el rencor que sentía en su apesadumbrado corazón. En la intimidad de la alcoba, la sacerdotisa había ido descubriendo el oscuro pasado de Agamenón, el guerrero de ojos de perro y corazón de ciervo, admirado a la par que temido por sus compatriotas. No olvidaba el Atrida el recuerdo de sus pasadas acciones, pues muchos años atrás, cuando aún era un joven impulsivo y cegado por el ansia de poder, había asesinado al rey de Pisa, que estaba casado con Clitemnestra, la hermana de su cuñada Helena. A continuación, había dado cruel muerte al pequeño hijo de ambos, y, tras poseer a la fuerza a su viuda, se había desposado con ella y se la había llevado consigo a Micenas. Con Clitemnestra había tenido hijos y había reinado con prosperidad, hasta que el juramente hecho a Tindáreo lo había obligado a embarcarse en aquella larga guerra para defender el honor de su hermano Menelao.

Pesaba en la conciencia de Agamenón otro suceso doloroso que aún lo desvelaba por las noches, pues, a fin de aplacar la cólera de Ártemis, había llegado a sacrificar a su propia hija Ifigenia, fruto de su matrimonio con Clitemnestra. Había llevado a cabo el rey todas aquellas acciones convencido de que su propia audacia las justificaba, pues, en su proceder, no se mostraba distinto al de muchos soberanos y héroes ensalzados. Sin embargo, al alcanzar la edad madura y, con ella, la sabiduría y la templanza de la que carecen los jóvenes, algunos de aquellos actos le parecían cada vez menos admirables y, cuando estaba a solas, se lamentaba de los crímenes que ya no podía deshacer.

No estaba segura Casandra de si Agamenón era sincero en su arrepentimiento y se sentía incómoda cuando veía de qué modo la culpa le oprimía el pecho y el llanto acudía a sus ojos. Ahora bien, también ella se sentía culpable del pacto que, en el pasado, había forjado y roto con Apolo, y en su alma pesaba la culpa de no haber podido evitar la destrucción de su amada Troya. La abrumadora carga que ambos sobrellevaban permitía a Casandra comprender la congoja que atormentaba el alma del Atrida, y, atribulada, se preguntaba si podría llegar a compadecerse algún día de quien tanto mal le había causado, de aquel que había destruído su vida y todo lo que más quería. Cuando tales reflexiones la asaltaban, se sorprendía la sacerdotisa buscando otros culpables: pensaba en su propia imprudencia al desafiar a Apolo, en la ligereza de Paris, en la ceguera de su padre y de su madre, en la soberbia de sus conciudadanos... Si los dioses habían decidido incitar a los mortales a la guerra y, llevándola a su fin, habían arruinado la ciudad de Troya,

¿cómo podía ella culpar a aquel rey mortal de las caprichosas maquinaciones de los despreocupados inmortales?

◇◇◇

Llevaban ya varios meses navegando por las procelosas aguas del océano y los testarudos vientos se negaban a que la nave de Agamenón alcanzase la costa griega. Unas semanas atrás, una terrible tormenta había desperdigado el contingente de barcos que habían zarpado juntos de Troya capitaneados por la nave del soberano, y, ahora, una nueva tempestad amenazaba con hacer naufragar el maltrecho navío. Casandra, aterrorizada por los relámpagos que estallaban como latigazos en el cielo y por las violentas sacudidas de las olas que zarandeaban el barco de un lado a otro, se había refugiado en la cabina que compartía con Agamenón en el castillo de popa y secaba su piel y sus ropas, empapadas por la intensa lluvia que arrojaban las nubes.

El monarca, preocupado por Casandra, que pronto daría a luz, acudió a su lado para tranquilizarla.

—Ya antes nos hemos enfrentado a la cólera de Poseidón y hemos logrado salir airosos —dijo mientras la abrazaba.

—Llevamos meses navegando con rumbo incierto. Tal vez los dioses no deseen que regreses a tu patria... —aventuró Casandra—. Yo misma temo lo que pueda ocurrir cuando lleguemos a Micenas.

—¿Y qué temores son esos que afligen tu alma?

—Temores infundados, seguramente.

La troyana lo miró abatida, sabiendo que tampoco él creería sus visiones. Aunque su más infausto vaticinio —la caída de Troya— se había cumplido de modo innegable,

la maldición que le había lanzado el dios de los oráculos seguía alcanzándola.

—Aparta el miedo de tu pecho —dijo el Atrida—. Cuando estemos en Micenas, tú seguirás siendo mi concubina y juntos criaremos a nuestros hijos. Nunca amé a Clitemnestra, la mujer a la que convertí en reina, pues, al desposarme con ella, solo me movía la ambición y el ansia de convertirme en el caudillo más poderoso de la Hélade. Aunque no puedo repudiarla ni darte la corona que ciñe, siempre gozarás de mi protección, pues tú has hecho renacer en mí la alegría y la esperanza.

Poco a poco la tormenta apaciguó su furia, el viento amainó y la turbulenta noche dio paso a un amanecer sosegado que preludiaba un radiante día de sol. En la pequeña cabina, Casandra se quedó dormida, vencida por el cansancio. Aún no había tierra a la vista, pero, tras la tempestad, el viento soplaba tibio sobre el mar en calma y los marineros, ansiosos por regresar a sus hogares, se apresuraron a izar las velas y a ofrecer un sacrifico a Poseidón para procurarse el favor del señor de los mares. Poco imaginaban que todavía debían hacer frente a nuevos desafíos y tribulaciones antes de poder culminar el anhelado retorno.

◇◇◇

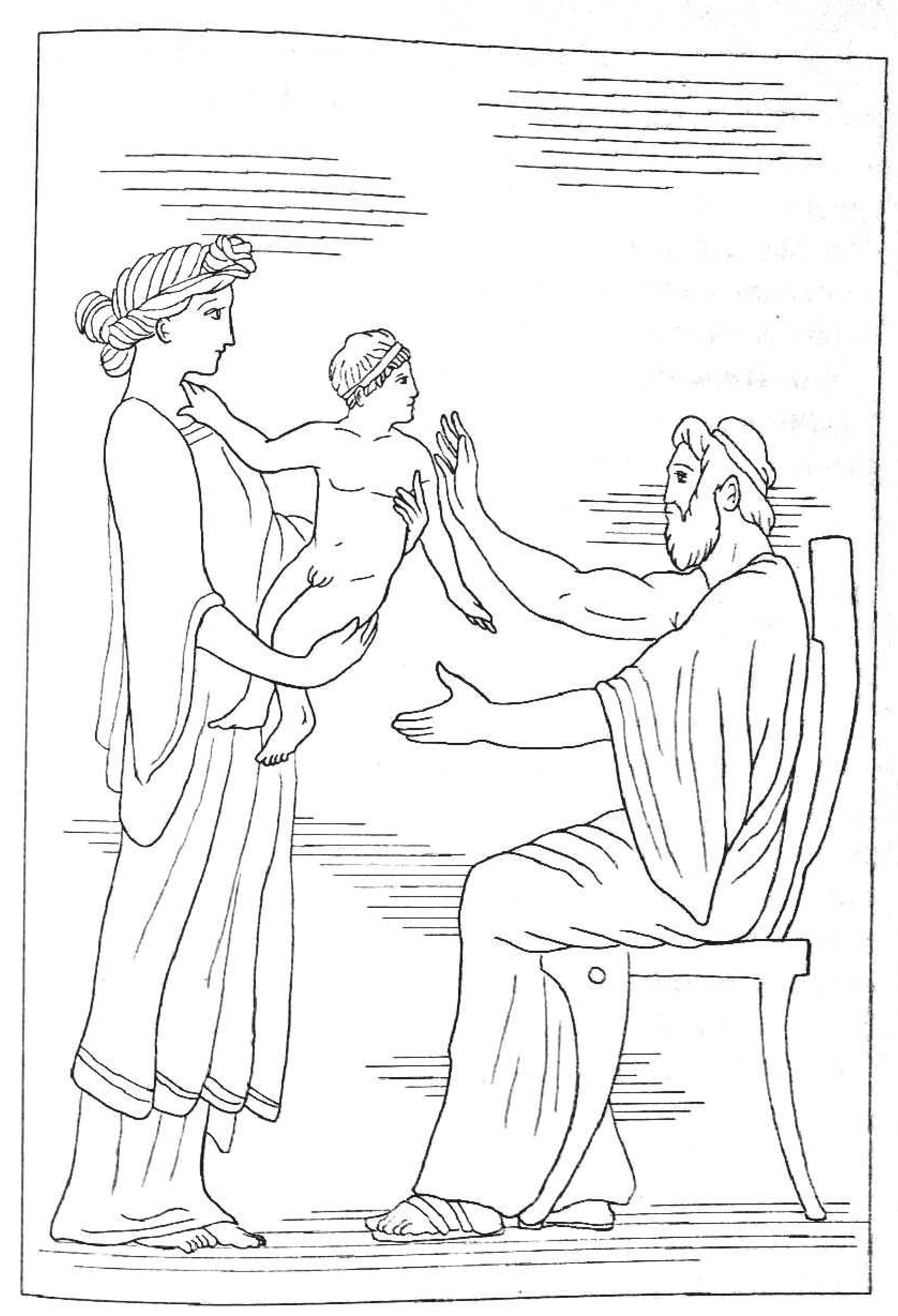
En cubierta, Teledamo y Pélope, los hijos gemelos de Casandra y Agamenón, jugaban con el rústico delfín de madera que uno de los marineros había tallado para los pequeños. Casandra, sonriente y, por primera vez en su vida, feliz, observaba la escena enternecida, y, como cualquier madre orgullosa, no se cansaba de reír y celebrar las gracias de sus hijos. Mientras era sacerdotisa de Apolo, nunca había sospechado que algún

día conocería la dulce recompensa de la maternidad, y era tal la dicha que sentía que ya casi había olvidado la visión que había tenido poco antes de que nacieran los pequeños. Ahora, cuando por su mente cruzaban pensamientos funestos acerca del destino que les aguardaba al llegar a Micenas, intentaba convencerse a sí misma de que no eran vaticinios de los dioses lo que contemplaba en sus visiones, sino la expresión de su propia angustia ante el temor de que los dioses le arrebataran aquella nueva vida que había conseguido junto a sus hijos, a los que amaba por encima de todo.

También Agamenón parecía transformado por el nacimiento de los pequeños. En los últimos meses, sus más cercanos habían sido testigos de cómo su carácter huraño se aligeraba pese a los contratiempos que les impedían alcanzar la costa griega y, aunque se alegraban de no tener que padecer los ataques de ira de los que el guerrero era presa cuando el ánimo se le ensombrecía, no podían evitar albergar dudas acerca del recibimiento que Clitemnestra les brindaría cuando el caudillo atravesase la puerta de los Leones acompañado de una nueva concubina y de dos hijos bastardos. Sabían los micénicos que la reina tenía un corazón rencoroso y que no le faltaban motivos para odiar a su marido, y les preocupaba que, en ausencia del rey, hubiese urdido intrigas para deshacerse de él y arrebatarle el trono. Era ajeno el Atrida a las inquietudes de sus compañeros de armas, y tampoco Casandra se atrevía a hablarle de las visiones que a veces la atormentaban mientras dormía.

◇◇◇

Al filo de la madrugada, los marineros avistaron tierra. Agamenón, aliviado de poder poner fin a las penurias que habían



El ánimo huraño de Agamenón se había aligerado tras el nacimiento de sus hijos.

habido de soportar durante la larga travesía, entró en la cabina para comunicarle a Casandra que pronto debería prepararse para desembarcar.

—No seréis príncipes ni heredaréis ningún reino —les dijo Casandra a sus hijos—, pero siempre tendréis el amor de vuestra madre. Sed valientes y honestos. Poco más existe que debáis tener presente.

Y, diciendo esto, los tomó de las manos y salió con ellos a cubierta para contemplar, bajo el azafranado cielo de la aurora, el incierto horizonte al que se dirigían sus vidas.

6

MICENAS

La alegría que mostraban los enjutos rostros de los soldados y marineros que viajaban en la nave de Agamenón en el momento de atracar en el puerto de Nauplia contrastaba con el semblante sombrío de Casandra, que, apostada en la cubierta de la nave, abrazaba temerosa a sus hijos mientras los hombres echaban el ancla, sujetaban las maromas a las pilastras y disponían todo lo necesario para desembarcar. Habían avistado tierra poco después de la medianoche, y desde entonces, a medida que el navío se había ido acercando a la costa, las funestas visiones que la habían acechado durante la larga y penosa travesía se habían ido convirtiendo en una amarga certeza que había llenado de congoja su corazón. Presentía la troyana los terribles acontecimientos que tendrían lugar a su llegada a Micenas, pero sabiéndose privada del don de la persuasión no se atrevía a confiarle sus temores al Atrida. Por más que

se esforzase, por mucha elocuencia que intentara imprimir a sus palabras, Agamenón no solo no la creería, sino que, al igual que había ocurrido en el pasado cuando había intentado advertir a sus propios compatriotas de los peligros que se cernían sobre Troya, la tomaría por una mujer desquiciada y se burlaría de ella. Todavía conservaba Casandra la esperanza de que no llegaran a cumplirse sus visiones, tal vez porque, ahora que era madre, se resistía a aceptar el trágico fin que sabía les aguarda a los pequeños y se aferraba a la posibilidad de que los dioses cambiaran de parecer.

En la ciudad, todos esperaban con ansia el regreso del rey y de los valientes guerreros que volvían con vida de Troya. Tan pronto llegaron a palacio los mensajeros anunciando que la nave de Agamenón se encontraba en el puerto y que la comitiva se desplazaba ya por los polvorientos caminos, la muchedumbre, impaciente, salió a las calles para festejar el regreso del rey y de sus seres queridos. ¿Estaría el hijo, el marido, el hermano o el padre al que llevaban más de doce años sin ver entre los victoriosos soldados que finalmente regresaban a casa? Eso es lo que se preguntaban los angustiados familiares, sabiendo que, muy pronto, algunos abrazarían a su pariente mientras que, otros, deberían conformarse con honrar su memoria y llorar su pérdida.

La comitiva se había puesto en marcha al despuntar el alba. Avanzaba lentamente el cortejo encabezado por Agamenón, que viajaba de pie sobre un magnífico carro dorado, a la vista de sus súbditos, mientras que el resto lo seguían a pie o sobre improvisadas carretas, donde transportaban también el botín, pues algunos hombres estaban demasiado débiles o eran demasiado viejos para resistir la

larga caminata. Casandra, acompañada de sus hijos, a los que se turnaba para sostener en brazos, caminaba ensimismada unos pasos por detrás de Agamenón, sin reparar apenas en la belleza agreste del paisaje de la Argólida. No podía dejar de recordar la troyana las funestas visiones que la advertían que entre los muros de Micenas les aguardaba una muerte cruel, e, impotente para cambiar su destino, marchaba alicaída entre los dichosos soldados, con el semblante mustio y el alma henchida de preocupación.

Hacia media mañana, cuando por fin avistaron a lo lejos las ciclópeas murallas de la ciudadela, el corazón de los fatigados hombres se estremeció de emoción. Los más envejecidos, aquellos que durante la larga guerra habían dejado atrás la madurez para adentrarse en la edad más avanzada, a duras penas podían contener las lágrimas: al fin estaban en casa y podrían reposar sus agotados huesos rodeados de los nietos que aún no conocían, en cuyas risas tendrían la ocasión de oír resonar, jubiloso, el futuro. También a Agamenón se le hizo un nudo en la garganta al ver los muros de la patria, de la que llevaba tantos años alejado, pues si bien había partido gustoso hacia Troya, anhelando encontrar allí la gloria y la cima de su poder, también él sentía nostalgia por el hogar. Además, deseaba abrazar a sus hijos, Orestes y Electra, fruto de su unión con Clitemnestra, de los que se había despedido siendo ellos todavía unos niños de corta edad.

Muchos eran los que se agolpaban impacientes junto a la puerta de los Leones portando manjares y guirnaldas para darles la bienvenida, y en cuanto vieron una nube de polvo rojizo en el horizonte y distinguieron a la comitiva los

micénicos estallaron en gritos de júbilo. En tromba salieron de la ciudad para recibirlos, y las lágrimas y los abrazos no tardaron en acompañar los emotivos reencuentros. Todos aclamaban al victorioso Agamenón y competían para obsequiar al monarca con jarras de vino, pastelillos de cebada y guirnaldas de flores. La presencia de una hermosa mujer de exóticos rasgos que vestía como una princesa no tardó en llamar la atención de los congregados, que se preguntaban quién era la desconocida extranjera a la cual el rey dedicaba miradas que denotaban cierta relación entre ellos.

Tras atravesar la entrada de la muralla, la comitiva del rey se encaminó al palacio, a cuyas puertas los esperaba la reina Clitemnestra, rodeada de los nobles, y sobriamente engalanada. Había querido la reina ofrecer a su esposo un recibimiento digno de su fama, y, al encontrarse frente a frente, por primera vez después de tantos años, durante unos instantes los esposos se observaron mutuamente en silencio, escrutando las huellas que había dejado en ellos el inexorable paso del tiempo. Ambos habían envejecido, como atestiguaban las arrugas que surcaban sus rostros y los cabellos ajados, pero mientras que el semblante de Agamenón —antes feroz— parecía haberse suavizado durante la ausencia, en la mirada de Clitemnestra se advertía una severidad en la que se adivinaba todo el rencor acumulado a lo largo de los años de amargo sufrimiento.

Nunca la reina le había perdonado a Agamenón las muertes de su primer esposo, de su primogénito y de su hija Ifigenia, a la que había sacrificado al emprender la misma expedición de la que ahora regresaba a fin de procurarse vientos que le permitieran zarpar hacia Troya. Aquellas

muertes todavía apenaban su corazón, y, aunque tras desposarse con Agamenón y concebir hijos con él había aprendido a disimular sus emociones para evitar ser objeto de su ira, nunca había dejado de fantasear con la venganza.

—¡Bienvenido seas a tu reino y a tu hogar, Agamenón, soberano y esposo! —dijo Clitemnestra, yendo a su encuentro con los brazos abiertos, mientras enarcaba los labios en una ensayada sonrisa—. ¿Qué mayor dicha puede conocer una fiel esposa que la de abrir las puertas de su casa al marido que retorna victorioso de la guerra? No puedo expresar el padecimiento que me ha causado tu ausencia, que se ha prolongado más allá de lo imaginable. Ya teníamos conocimiento de que la guerra había acabado y de que muchos de quienes partieron habían regresado con bien a los brazos de los suyos, y, sin embargo, tú no llegabas. Largo tiempo he tenido para atormentarme con los rumores desalmados y las noticias que anunciaban mil desgracias. Pero es momento de olvidar la tristeza, porque aquí estás al fin, amado esposo. Liberada de la angustia, ya puedo saludarte.

Las amables palabras de Clitemnestra contrastaban con la dureza de su mirada y la frialdad de su tono, y Agamenón se limitó a dedicarle una leve inclinación de cabeza para corresponder al protocolario recibimiento. Situada a una prudente distancia, Casandra observaba de reojo a la poderosa reina, quien, al ver a la troyana, había fruncido el ceño y apartado la mirada con desdén. «Agamenón regresa trayendo como botín a una ramera oriental y a unos bastardos», pensó Clitemnestra al verla. Pero no dijo nada. No iba la soberana de Micenas a rebajarse a mostrar en público sus sentimientos.

Al ver que por indicación de Clitemnestra un grupo de muchachas extendía ante él una majestuosa alfombra púrpura adornada con delicados bordados para que caminara sobre ella, Agamenón le reprochó el gesto a su esposa. No precisaba que le rindieran honores que pudieran suscitar la envidia de los dioses, le espetó, pues él era un simple mortal y su gloria hablaba por sí sola. El desaire molestó sobremanera a Clitemnestra, que se había encargado personalmente de supervisar la confección del tapiz, y los dos esposos se enzarzaron en una tensa discusión. Se mostraba la reina ofendida por las desagradecidas palabras del Atrida, y finalmente, tras un embarazoso intercambio de reproches, accedió Agamenón a quitarse las sandalias y a caminar descalzo sobre la alfombra. Mientras descendía del hermoso carro, le hizo señas a Casandra para que ella y sus hijos se reunieran con él, pues quería demostrarles a Clitemnestra y al resto de los nobles el afecto que sentía por la troyana. Casandra, abriéndose paso entre la multitud, fue hacia el rey y se colocó, junto con sus hijos, a la izquierda.

—Acoge a esta extranjera —le dijo Agamenón a su esposa, rehuyéndole la mirada—, pues forma parte de mi hueste.

Clitemnestra se enfureció al oír la orden de Agamenón, pero apretó los labios y contuvo la indignación. Flanqueado por las dos mujeres, Agamenón echó a andar ceremoniosamente hacia el palacio, cuya dorada silueta se recortaba majestuosa contra el cielo azul. Mientras avanzaban, Agamenón le hablaba con orgullo a Casandra de su padre Atreo y de las gestas que habían dado gloria a su nombre, compartiendo con la troyana unas muestras de complicidad

que no le pasaron desapercibidos a la reina. Clitemnestra, visiblemente molesta por una actitud que consideraba excesivamente galante hacia la extranjera, caminaba muy erguida, como correspondía a una soberana orgullosa. De pronto, al entrar en palacio, Casandra se detuvo y, palideciendo, empezó a temblar. Antes de que Agamenón pudiera preguntarle qué era aquello que la trastornaba hasta tal punto, Casandra elevó los ojos al cielo y se golpeó sentidamente el pecho:

—Cruel Apolo, ¿por qué vuelves a perderme? —se lamentó—. ¡No hay escapatoria! Esta casa es el escenario de crímenes atroces.

Las enigmáticas palabras de Casandra provocaron murmullos de desconcierto a su alrededor, pues nadie entendía a qué se refería. La troyana había tenido una visión, y su oscura mirada había adquirido el brillo enfebrecido de las sibilas. Agamenón, molesto por el osado comportamiento de quien no era más que una esclava, la instó a que se callara, pero Casandra estaba sumida en una especie de trance y no podía oírlo. Lejos de acatar la orden de Agamenón, la sacerdotisa se volvió hacia Clitemnestra y la increpó con estas palabras:

—¡Traidora! ¿Qué infame sacrificio se prepara? ¡Mísero destino el que me aguarda en este palacio enemigo, del que no sale a recibirnos sino el hedor de la muerte!

Clitemnestra palideció y una fría capa de sudor cubrió todo su cuerpo bajo la ostentosa túnica, pues, a diferencia de los demás, ella sí entendía el significado de los reproches que acababa de escuchar. ¿Cómo podía aquella extranjera siquiera sospechar los planes que había tramado con su

amante Egisto para deshacerse del soberano ausente y poder continuar en el trono de Micenas? Tras intercambiar una mirada con Egisto, cuyo semblante también se había ensombrecido, la reina siguió avanzando hacia la entrada principal del palacio, esforzándose por ocultar la inquietud que oprimía su corazón bajo una máscara de desdén. ¿Qué ocurriría si Agamenón creía a la esclava y empezaba a desconfiar de ella? ¿Cómo podría llevar a cabo entonces la venganza que llevaba tanto tiempo planeando junto a su cómplice, que además de su amante era también el primo de su marido?

◇◇◇

A solas en la humilde alcoba que Clitemnestra había ordenado que le asignaran, Casandra se preparaba para asistir al banquete que la reina había organizado para agasajar a Agamenón mientras los gemelos jugaban con los hijos de otras esclavas en una estancia contigua. Sabía la sacerdotisa que sus agoreras palabras habían enfurecido al monarca, pues, desde su llegada a palacio, Agamenón se había recluido en sus aposentos y nada había vuelto a saber de él. ¿Habría vuelto al lecho de Clitemnestra y se habría olvidado de ella?, se preguntaba mientras se cepillaba los cabellos y se aplicaba con desgana colorete en las mejillas. A Casandra le angustiaba que, tras su llegada a Micenas, empezase a menguar el afecto que el rey le profesaba. ¿Qué sería entonces de ella y de sus hijos, condenados a vivir en aquella tierra extranjera y hostil?

Asomaban ya en el horizonte los rayos postreros del sol cuando Agamenón entró en su alcoba. Con la mirada enternecida, se acercó a ella y, tomándola por la cintura, la besó largamente en los labios.

—No sé qué extrañas visiones han llenado tu alma de zozobra esta mañana, dulce Casandra, pero estos son mi reino y mi palacio, y aquí estás a salvo. Nada tienes que temer —dijo.

Casandra, entre los brazos de Agamenón, temblaba.

—Ojalá pudieras creerme, pero de nada servirán mis palabras, que Apolo convirtió en estériles. Harías bien en huir de este palacio, pues la negra sombra de la muerte te acecha entre estos muros.

Agamenón se echó a reír al escuchar aquellas palabras que consideró ingenuas.

—¿Qué insensatez es esta? ¿Pretendes que huya de mi reino como si fuera un malhechor, ahora que he regresado como un comandante victorioso, cargado de riquezas?

—Hazlo por mí y por tus hijos —le suplicó Casandra—. ¡Huyamos antes de que sea demasiado tarde!

—Aunque no seas mi esposa, nadie osará hacerte ningún daño, ni a ti ni a los pequeños —la tranquilizó Agamenón—. De modo que destierra esos pensamientos funestos, alegra el semblante y prepárate para disfrutar del banquete que nos aguarda.

Agamenón volvió a besar con cariño a Casandra. A continuación, dejó que terminara de acicalarse y regresó a sus aposentos para descansar un rato antes de dirigirse al salón principal, donde pronto daría comienzo la espléndida cena que Clitemnestra había organizado en su honor.

Aunque quería el rey convencerse de que los temores de Casandra eran infundados, no podía evitar que las extrañas

palabras que había pronunciado al llegar a palacio siguieran resonando en sus oídos, pues no le había pasado inadvertido un detalle turbador: el semblante de Clitemnestra se demudaba al oírlas.

No sospechaba, sin embargo, el rey que durante los años de la guerra su primo Egisto se había convertido en el amante de la reina y que secretamente habían deseado que no regresase jamás. Mucho menos imaginaba el extremo al que los había llevado su rechazo a devolverle el poder de su reino. Atribuía la actitud esquiva de su esposa a los celos, a los que tan propensas eran las mujeres. Al fin y al cabo, Casandra era una mujer hermosa y mucho más joven que Clitemnestra, y encontrándose aún en edad fértil le había dado ya dos hijos varones. No era extraño que la reina se sintiera amenazada, pensó Agamenón, que decidió que en cuanto tuviera ocasión hablaría con su esposa y disiparía los temores que pudiera albergar en su corazón. Aunque ya no la amaba, no tenía ninguna intención de repudiarla, pues consideraba el rey que Clitemnestra ya había sufrido bastante por su causa. Los crímenes que había cometido en el pasado siempre se interpondrían entre ellos, y, como esposo, no podía proporcionarle la compañía y el afecto que toda esposa ansía, sobre todo al acercarse a la vejez, pero no deseaba someterla a ninguna humillación que pudiera causar más dolor a su herido corazón.

◇◇◇

La actitud ensimismada de Agamenón durante el banquete no pasó desapercibida entre los nobles, que atribuyeron su ánimo apesadumbrado y su reticencia a narrar las hazañas

que había protagonizado en Troya, así como al cansancio tras una jornada larga y repleta de emociones. Agamenón ya no era un hombre joven, y, aunque seguía siendo un guerrero fuerte y robusto, los años transcurridos lejos del hogar, las heridas sufridas en el campo de batalla y las privaciones que tanto él como el resto de los soldados habían tenido que soportar durante la larga travesía habían dejado una profunda huella en su cuerpo enflaquecido y en su enjuto rostro, surcado de arrugas. Aun así, todos habían advertido que los ojos del rey volvían a brillar cada vez que este miraba a su hermosa y enigmática concubina, que ocupaba un asiento entre el resto de las esclavas que amenizaban el banquete.

Se había corrido la voz de quién era la hermosa esclava que Agamenón había traído de Troya, y, aunque sentían curiosidad por la extranjera recién llegada, no se atrevían a mirarla abiertamente ni a dirigirle la palabra para no ofender a Agamenón, que, tumbado sobre un lecho provisto de mullidos cojines, bebía y engullía en silencio los platos del espléndido festín. No había escatimado Clitemnestra manjares para agasajar a su esposo, y en su honor había ordenado que asaran una docena de corderos y un buey, que habían preparado rociándolos con abundante aceite de oliva y perfumándolos con ramas de romero. Había ordenado también la reina que las esclavas dispusieran otras exquisiteces sobre las pequeñas mesas colocadas junto a los lechos en los que confortablemente yacían los hombres: pan de cebada, queso, aceitunas, legumbres y frutos secos, así como ricos pastelillos elaborados con miel y queso fresco. Quería demostrar la reina que era una buena esposa

y que se alegraba del retorno de su esposo con el fin de acallar las habladurías que circulaban por los pasillos, pues algunos nobles empezaban a sospechabar que, durante la ausencia del rey Agamenón, Clitemnestra había encontrado consuelo en el lecho del ambicioso Egisto, de quien muchos recelaban.

Hacia la medianoche, cuando la mayoría de los hombres estaban ya embriagados por el aromático vino que los criados escanciaban sin cesar mientras servían dulces y frutos secos, Casandra vio que la reina entraba en el salón con la cabeza y los hombros cubiertos con un fino manto. Clitemnestra se acercó a su esposo y le susurró unas palabras al oído, a la cuales él respondió con asentimiento de cabeza. Había advertido Casandra que Agamenón no participaba de las risas ni del bullicio festivo del banquete, sino que permanecía con el ceño fruncido, como si su mente se encontrara en otra parte. Clitemnestra salió de la ruidosa estancia, pues solo las esclavas podían asistir a los banquetes de los hombres. Al cabo de un rato, el hijo de Atreo se levantó de la mesa y, algo ebrio, también abandonó el salón ante la torva mirada de Egisto, que ocupaba un asiento contiguo al suyo.

Casandra no tardó en anunciar que estaba agotada y se retiraba a descansar. Los nobles, demasiado ebrios y entretenidos con esclavas, apenas le prestaron atención.

Al entrar en su alcoba, la troyana besó tiernamente a sus hijos, que estaban dormidos, y los despertó. Presentía que algo terrible iba a ocurrir aquella noche, y tomándolos de la mano, los sacó al corredor, buscó un escondite en una de las alcobas vacías y les ordenó que se escondieran.

—Permaneced aquí, agazapados, todo el tiempo que podáis —les dijo—. ¡Oh, mis hermosos niños, ojalá vuestra madre sea capaz de protegeros de las desgracias que se avecinan!

Tras dejar a los pequeños, Casandra regresó a su alcoba y se sentó sobre el mullido lecho, rogando a los dioses que tuvieran piedad al menos de los inocentes que había traído al mundo.

◇◇◇

Casandra permaneció a solas en su alcoba, con el corazón entristecido y la mente llena de funestos presagios, hasta que el sonido de unos pasos que caminaban apresurados por el corredor la sacó de su ensimismamiento. Atrás habían quedado sus esperanzas de ver cómo sus hijos crecían y se convertían en hombres, pues aquella noche, la más oscura de todas, sería también la más aciaga. De repente, la puerta se abrió con violencia y en el umbral apareció Clitemnestra, empuñando un hacha ensangrentada. Tenía la reina la túnica empapada de sangre roja, y, en sus ojos inyectados de ira, se reflejaba la fría negrura del Hades.

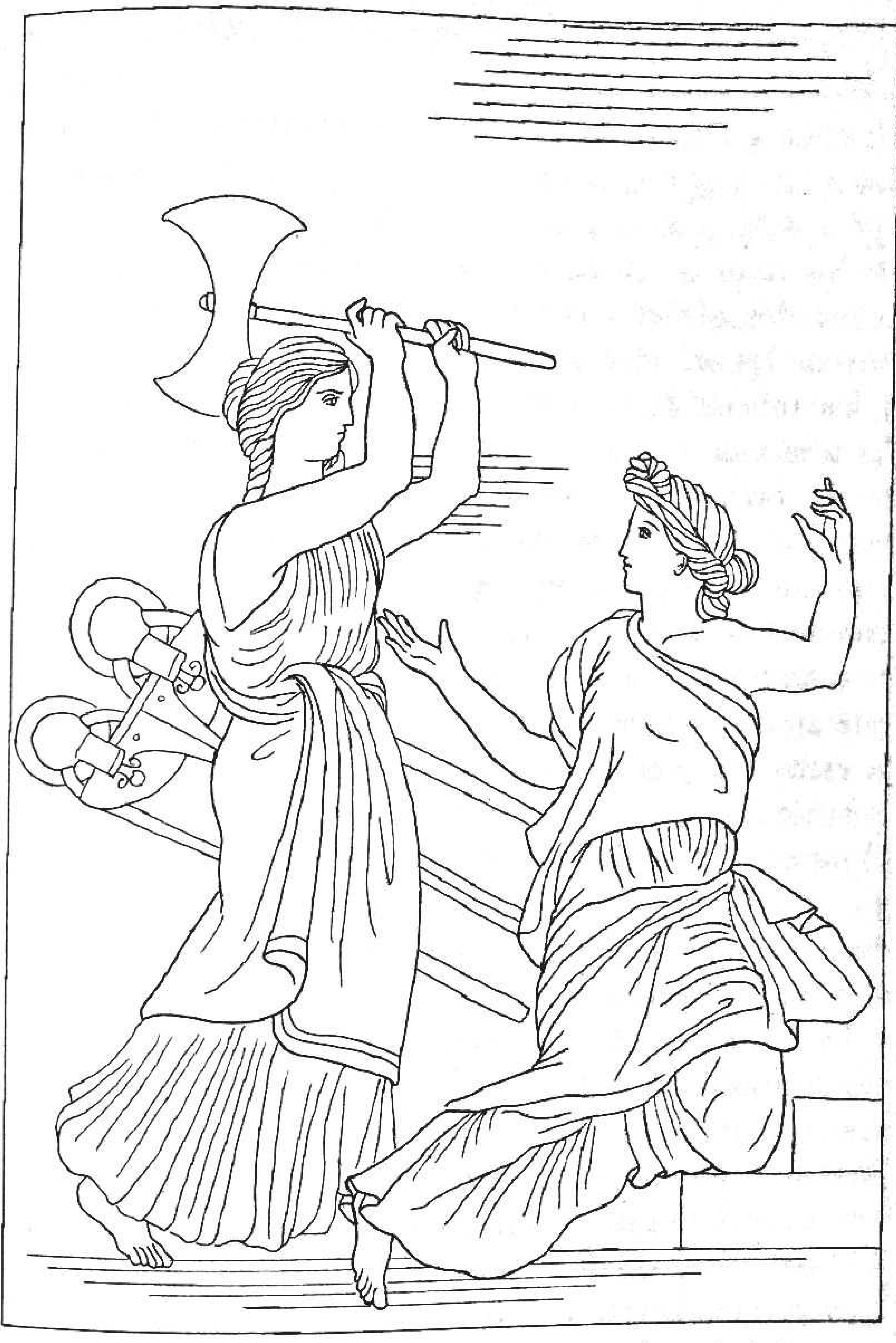
Casandra se sobresaltó al ver a Clitemnestra, pero, en vez de intentar huir, se quedó quieta. La ensangrentada hacha que empuñaba la reina sólo podía significar una cosa: que el rey Agamenón había muerto, víctima de su ansia de venganza. No había querido escucharla el soberano cuando Casandra había intentado advertirle que la sombra de la muerte sobrevolaba los muros de su palacio, pues la maldición que le había lanzado Apolo seguía persiguiéndola, tornando estériles sus visiones. Haciendo gala de una se-

renidad que sorprendió a la reina, Casandra se puso en pie y exclamó:

—¡Clitemnestra! En esta luz postrera suplico a Apolo que, cuando llegue el tiempo de tu castigo, tu ejecutor recuerde mi muerte y me haga partícipe de tu venganza!

Tras decir esto, Casandra inclinó su cuerpo hacia delante, apartó sus hermosos cabellos y le ofreció a Clitemnestra su blanco cuello. Alzando el hacha con decisión, la orgullosa reina le cercenó la cerviz sin titubeos, con la misma determinación con la que momentos atrás había cortado la cabeza de su esposo Agamenón. El cuerpo de Casandra se desplomó lentamente mientras su testa se estrellaba contra el suelo y un charco de sangre oscura teñía de púrpura el suelo de la estancia.

Con satisfacción contempló Clitemnestra el cuerpo mutilado de la troyana mientras seguía aferrando con fuerza el instrumento de su venganza. No tardó en aparecer Egisto, acompañado de un soldado que, siguiendo sus órdenes, arrastraba sin piedad a los llorosos hijos de Casandra, a los que llevaba asidos de los brazos. Los gemelos gritaban y pataleaban, intentando inútilmente desasirse de su captor. No querían Egisto y Clitemnestra que, al hacerse hombres, aquellos huérfanos quisieran vengar a sus padres, por lo que habían decidido darles muerte. Al ver el cadáver ensangrentado de su madre, los niños redoblaron su llanto y, desconsolados, dejaron de luchar. Egisto empuñó entonces una daga, la misma que había hundido en las entrañas del Atrida, y se la clavó en el pecho al que tenía más cerca. A continuación, hizo lo mismo con su hermano sin titubear en su empeño.



La orgullosa Clitemnestra cercenó la cerviz de la sacerdotisa sin titubeos.

Mientras se desplomaban junto a la cercenada cabeza de Casandra, justo antes de precipitarse al oscuro Hades, los chiquillos vieron que los ojos abiertos e inertes de su madre estaban llenos de lágrimas.

Así llegó a su trágico fin la historia de Casandra, hija de los reyes de Troya, sacerdotisa de Apolo, hermana de esforzados héroes y concubina de Agamenón. La ira del dios de los oráculos, al que servía, le impidió salvar Troya, y los anhelos de venganza de una reina infeliz pusieron fin a su vida, sin que el don de predecir el futuro que le había concedido el dios de los oráculos le proporcionase la felicidad. De haber sido hombre, tal vez habría muerto con honores en el campo de batalla, defendiendo con el escudo y la espada la patria que tanto amaba, pero su destino no pasaba por la muerte heroica, por la inmortal fama que alcanzaban los guerreros, sino por la humillación de la esclavitud y el destierro. Su imprudencia al atreverse a desafiar al dios que le había concedido el don de vaticinar el futuro hizo que los hombres se burlaran de sus visiones, y el afecto que había hecho nacer en el corazón del soberano más poderoso de la Hélade la convirtió en víctima de una reina despechada.

Las mujeres, los niños y los ancianos habían sido los grandes derrotados de aquella guerra cruel que había destruido la ciudad más opulenta, más deslumbrante, más hermosa de la Tróade, la puerta de las ricas tierras de levante, pero el nombre de la infeliz sacerdotisa Casandra perduraría a lo largo de los siglos y, con él, la memoria de tantas mujeres que habían perdido la vida a causa de la frivolidad de los despreocupados dioses y la ambición desmesurada de los hombres.

Trágica figura en tiempos heroicos, Casandra anhelaba la luz del conocimiento y, en su imprudencia, solo encontró oscuridad. Nunca le perdonó Apolo que faltara a la palabra dada, y el don que desde niña tanto había anhelado poseer terminó convirtiéndose en una maldición que la persiguió hasta el fin de sus días.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

La de Casandra es la tragedia del adivino condenado a contemplar cómo todo aquello que ve se cumple sin que pueda hacer nada para evitarlo, pues carece de un don sin el cual la presciencia resulta inútil: la capacidad de convencer a los demás.

Que los dioses son diestros en hacer que un don se convierta en el más despiadado de los castigos lo sabe bien la hija de Príamo y Hécuba, Casandra: ella es la profetisa cuyos augurios acaban siempre cumpliéndose. Pero eso, que podría ayudar a sus familiares y compatriotas troyanos a evitar su destino trágico, se transforma en maldición una vez sus palabras están condenadas a caer en el vacío. Por más que se esfuerce, se desgañite e implore, el sino de Casandra es el de no ser creída y asistir impotente al cumplimiento de lo visto, sea la muerte de sus seres más queridos, la destrucción de la ciudad natal o su propio fin.

Según la versión más difundida del mito, fue el dios Apolo, muy relacionado con el arte de la adivinación por su implicación con el santuario oracular de Delfos, el que hizo que Casandra gozara del don de la presciencia y no fuera creída. La *Biblioteca mitológica* (siglo II a. C.) explica que «deseoso Apolo de yacer con esta [Casandra], prometió enseñarle la mántica, pero cuando ella la hubo

aprendido, no se unió a él, por lo que Apolo la privó de la capacidad de persuadir». El gramático latino Servio (siglo IV d. C.) concretó más al apuntar en sus *Comentarios a la Eneida* que fue escupiendo en la boca de Casandra como Apolo logró arrebatarle la credibilidad.

Existe, sin embargo, otra versión que explica cómo Casandra obtuvo el poder de ver el futuro. La misma se encuentra en un escolio (un tipo de comentario breve en forma de nota inserta en un manuscrito) a la *Ilíada* de Homero (siglo VIII a. C.) en el que se refiere que los reyes Príamo y Hécuba celebraron el nacimiento de Casandra y su gemelo Héleno en el templo de Apolo Timbreo. Una vez acabada la fiesta allí se dejaron a los niños en un descuido. Cuando regresaron a la mañana siguiente, los encontraron plácidamente dormidos mientras dos serpientes les pasaban la lengua por los oídos. Gracias a esa purificación, ambos hermanos adquirieron el don de ver el futuro.

LA APORTACIÓN DE LOS TRÁGICOS

Pero Casandra no siempre fue considerada una adivina. Así, no juega ese rol en la referida *Ilíada*, donde se la trata como una joven «semejante a la áurea Afrodita». Es la amada hija de Príamo y Hécuba que anuncia a su pueblo el regreso del rey con el cuerpo sin vida de Héctor. Lo más probable es que esa faceta como profetisa empezara a darse en otros poemas épicos del ciclo troyano hoy perdidos, como *Ciprias*. Atribuido a Estasino de Chipre (siglo VII a. C.), su argumento giraba en torno a los acontecimientos que provocaron la guerra de Troya y los primeros años de esta, y según un resumen que nos ha llegado del filósofo neoplatónico Proclo (412-485), en él «Casandra hace revelaciones acerca de lo venidero». El personaje

así caracterizado debió de hacer fortuna, pues ya el lírico Píndaro (517-438 a. C.) califica a Casandra de «vidente» en una de sus *Píticas*. No obstante, fueron los trágicos quienes le dieron la entidad dramática que la ha inmortalizado como una de las grandes heroínas de la mitología grecorromana: el primero de ellos, Esquilo (525-456 a. C.) en su *Agamenón*. La Casandra que aparece aquí, acompañando al rey de Micenas en su entrada «a una casa que es matadero de hombres y un solar empapado de sangre», es ya la adivina condenada a no ser creída: «¡Oh, Apolo, Apolo! ¡Divinidad de los caminos, mi destructor, pues me has destruido sin sentir pena por segunda vez!», se lamenta ante el coro, al que acto seguido explica cómo el dios luchó por conseguirla; cómo ella, luego de haber consentido, no cumplió su palabra, y cómo desde entonces no convence a nadie. Toda la parte final de la tragedia vibra con sus oscuros y tremendos augurios sobre el asesinato de Agamenón y el suyo propio, pero también el de Clitemnestra por su hijo Orestes. «Es igual si yo no os convenzo de nada de esto. ¿Qué importa? El futuro vendrá, y tú, presente en él, pronto dirás de mí, llena de compasión, que soy una adivina demasiado verídica», le dice al corifeo.

La fuerza alucinada de esta Casandra se mantiene en *Las troyanas* de Eurípides (484-406 a. C.). Todo lo que la joven profetizó acerca de la caída de Troya se ha cumplido ya, a pesar de lo cual la maldición que pesa sobre ella persiste: «No dejéis que Casandra, enloquecida, delirante, nos avergüence ante ellos [los griegos] y que mayor sea mi dolor!», exclama Hécuba, quien sigue viendo a su hija como una loca que profiere insensateces. Y eso es precisamente lo que parece, una loca, cuando hace su entrada en escena portando una antorcha y pidiendo a todos que celebren sus bodas, pues en el reparto que los jefes griegos han hecho de las cautivas troyanas ha correspondido a Agamenón. Casandra profetiza entonces las

El arte de la mántica

La mitología griega abunda en historias en las que juegan un papel primordial los presagios y las visiones. En el mismo ciclo troyano, el nacimiento de Paris viene marcado por un sueño que tuvo su madre Hécuba: en él daba a luz una antorcha que devastaba toda la ciudad. No es extraño así que los adivinos jueguen un papel destacado en estas historias. El más importante de ellos, sin duda, es el tebano Tiresias, a quien la ceguera le otorgó el don de ver el futuro. Otro es Anfiarao, quien participó en la expedición de los siete caudillos contra Tebas a pesar de saber que no volvería vivo de ella. En lo que se refiere a la guerra de Troya brillan con luz propia los gemelos Casandra y Héleno, sobre todo porque ambos ejemplifican dos de las formas que los antiguos griegos tenían de predecir aquello que estaba por venir. El segundo, «de los agoreros, con mucho el mejor» según expresión de Homero, interpretaba el porvenir a partir de signos exteriores, especialmente el vuelo o los gritos de las aves, llamadas por esta razón por Eurípides «mensajeros de los dioses». Su hermana, en cambio, solo era capaz de pronunciar augurios si entraba en éxtasis, es decir, si era poseída por el dios Apolo, que era quien, en realidad, hablaba por su boca. Esto iguala a Casandra a la pitia, la profetisa del santuario panhelénico de Apolo en Delfos. La única diferencia es que, si los oráculos de esta eran considerados la expresión del dios y decidían si había de llevarse a cabo o no una empresa o una guerra, los de la hija de Príamo solo causaban estupor o burla, por lo que no eran creídos.

desventuras de esos aqueos en sus respectivos regresos al hogar, y en particular el del rey de Micenas: «Adiós, madre, no me llores. Mi patria y los que yacéis bajo tierra, mis hermanos y aquel que nos engendró, no habréis de esperarme mucho; pero es mi muerte triunfal, pues traigo ruina al atrida que a nosotros nos perdió», se despide.

Mas el verdadero tema de la obra es otra venganza: la de Atenea contra los aqueos por haber violado Áyax el Menor a Casandra en su templo, acto que acabó convirtiéndose en el símbolo de las impiedades griegas en Troya. Según una leyenda, los habitantes de Lócride, de donde era originario Áyax, se vieron obligados a expiar ese crimen mediante el envío a Troya de dos muchachas en calidad de suplicantes durante mil años.

EL DELIRIO PROFÉTICO

En todas estas obras Casandra juega un papel clave, aunque no sea ella la protagonista. Sí lo es en la *Alejandra* de Licofrón de Calcis (siglo III a. C.), título alusivo a otro de los nombres con que es conocida la hija de Príamo. Se trata de un poema excepcional en la literatura griega antigua por su carácter oscuro y hermético. No podía ser de otro modo, pues prácticamente todo él es la plasmación del arrebato profético de una Casandra que había sido recluida por su padre en una celda para que sus augurios no desmoralizaran al pueblo troyano. Esas visiones anuncian el nacimiento de Paris, el rapto de Helena, la guerra con los griegos, la destrucción de la ciudad, la muerte de sus defensores y el destino de sus hijas y esposas, así como también el de los vencedores y el suyo propio: «Y yo yaceré en tierra, junto al baño, deshechos mis miembros todos

ellos por la espada calíbdica, pues como el leñador en el monte la rama de una encina o el tronco de algún pino trocea, partirá [Clitemnestra] mi cerviz despejada y mi frente y, destrozando todo mi frío, ensangrentado cuerpo, la feroz sierpe, pisoteando mi cuello, su alma desfogará llena de amarga bilis y celos despiadados». Todo es expuesto aquí a través de un estilo que evoca el carácter oracular mediante epítetos desconcertantes, juegos etimológicos enigmáticos y una demostración de erudición mitológica sencillamente apabullante. Más aun, la visión profética de Casandra desborda el ámbito de la guerra de Troya para predecir acontecimientos de la propia época del poeta, como la expansión de Roma por el Mediterráneo.

Los autores latinos que se acercaron a la profetisa siguieron fielmente la imagen creada por los trágicos y poetas griegos. Ejemplo de ello es el filósofo y dramaturgo Séneca (4 a.C.-65 d.C.) con su *Agamenón*, una tragedia deslavazada en su estructura, pero en la que descuella la figura de una Casandra cautiva en Micenas, sabedora de la proximidad de su muerte y cansada ya de su papel de vidente. Aun así, no puede ocultar su gozo ante el asesinato del rey que llevó a la ruina a los suyos: «Nunca ha mostrado a mis ojos visiones tan claras el delirio de mi mente profética: veo y participo y disfruto. No es una imagen borrosa que engaña mi vista. Contemplemos».

LA FELICIDAD DE LA IGNORANCIA

El recuerdo de Casandra se ha mantenido vivo en la literatura más allá de la Antigüedad. En la Edad Media, el inglés Geoffrey Chaucer (1343-1400) le dio cabida en su poema *Troilo y Crésida*, donde

explica a su hermano Troilo el significado de un sueño que éste ha tenido: Crésida ya no le ama, sino que su corazón ha pasado a ser del griego Diomedes. Por supuesto, y dada la maldición, Troilo no la cree. La misma historia fue tratada por William Shakespeare (1564-1616) en una tragicomedia homónima en la que Casandra es vista por todos como una pobre enajenada («esta hija loca», la llama Príamo) que recorre Troya al grito de «¡llorad, troyanos, llorad! ¡Dadme diez mil ojos y los llenaré de lágrimas proféticas!». Y, sin embargo, es la única lúcida en la obra, la única que ve que «nuestro hermano Paris es la antorcha que nos quema a todos» y que Héctor morirá si sale a combatir.

En 1803, el alemán Friedrich Schiller (1759-1805) dio a conocer su poema *Casandra*, en el que se contrasta la alegría que impera entre los troyanos por el anuncio de la boda entre su más temible enemigo, Aquiles, con una de las hijas de Príamo, Políxena, y la desolación de Casandra, que conoce el destino que le espera a su ciudad, pero también que sus palabras nunca serán creídas. Por ello, la profetisa descarga toda su desesperación contra Apolo: «Me has impuesto un pesado destino, tú, Apolo, dios severo. ¿Por qué me encargas que proclame tus oráculos con mirada clarividente en una ciudad ciega como esta? ¿Por qué haces que vea aquello que no puedo evitar? [...] El único error es la vida, el saber es la muerte. ¡Toma el don siniestro de la adivinación que me diste! Para una mortal es terrible poseer la verdad. Déjame en mi ceguera, devuélveme la felicidad de la ignorancia. No he vuelto a cantar con alegría desde que hablas por mi boca. Me has dado el futuro, pero me has arrebatado el presente».

También la protagonista de la novela *Casandra*, de la alemana Christa Wolf (1929-2011), se rebela, pues sabe que apenas le quedan ya unos instantes de vida antes de caer bajo el hacha de Clitemnes-

tra. «¿Por qué quise sin falta el don de la profecía? —se pregunta—. Hablar con mi propia voz: lo máximo. No quise más, ninguna otra cosa. En caso necesario podría demostrarlo, pero ¿a quién? ¿A ese pueblo extraño que, desvergonzado y tímido a la vez, rodea el carruaje?». En forma de monólogo interno, la obra es un repaso de la vida de la profetisa, que le sirve a la autora para reivindicar la voz de las mujeres y denunciar la insensatez de todo conflicto bélico, una amenaza siempre presente en el contexto de la Guerra Fría en que fue escrita.

LA IMPIEDAD DE ÁYAX

En la época griega, los artistas que se acercaron a la figura de Casandra la mostraron no tanto como profetisa sino como la víctima de la impiedad de Áyax el Menor, la misma que provocó que la ira de Atenea se volviera contra los aqueos y que el regreso de estos al hogar acabara en desastre en la mayor parte de los casos. Un ánfora de figuras negras de mediados del siglo VI a.C. hallada en Vulci (Italia); un tondo ático de figuras rojas atribuido al Pintor de Codros (siglo V a.C.), y una crátera de figuras rojas del siglo IV a.C. procedente de Nápoles dan cuenta de este motivo. Por su fuerza dramática merece destacarse también un tondo de figuras rojas del siglo V a. C. que representa a Clitemnestra a punto de descargar el hacha sobre una implorante Casandra.

El motivo de la violación alcanzó también gran difusión en Roma, como atestiguan las pinturas de Pompeya. En una de la Casa de Menandro, del siglo I d.C., se ve a la joven agarrada a la estatua de Atenea y a Áyax tirando de ella. Otros frescos, sin embargo, la muestran bien en pleno arrebato profético, anunciando ante Príamo y Paris la caída de Troya, bien alejándose de la multitud enfervorecida que entra el caballo de madera en la ciudad.

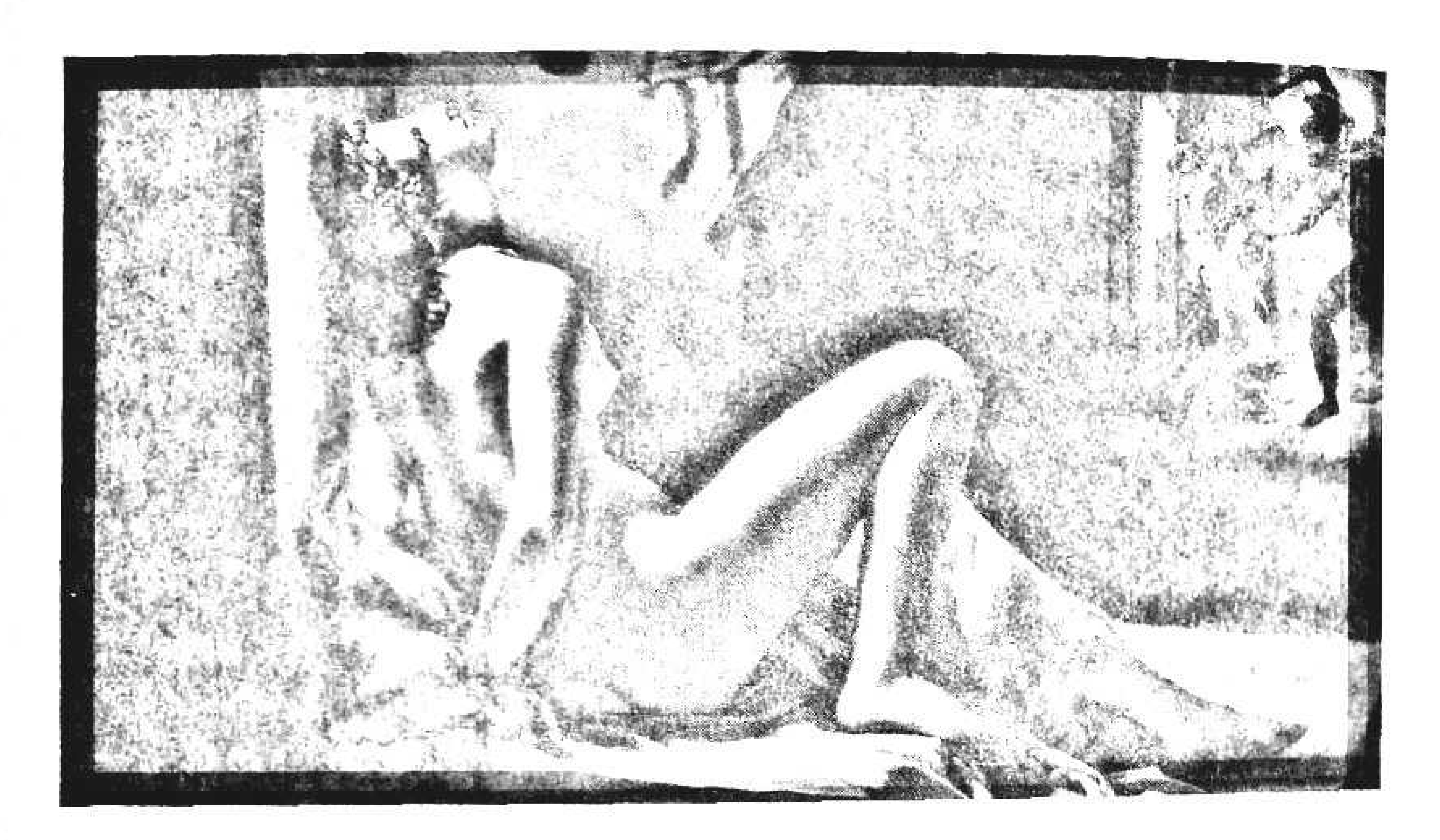


La violación de Casandra por el locrio Áyax ha sido tratada en numerosas cerámicas griegas. En este tondo de figuras rojas de la segunda mitad del siglo v a.C. (Museo del Louvre de París), atribuido al Pintor de Codros, la joven se agarra desesperada a la estatua de Atenea invocando su protección, sin que ello detenga al impío aqueo. Detalle curioso, un pie de Áyax sobrepasa el marco circular de la composición.

En el arte de la época moderna, la figura de la hija de Príamo ha pasado más desapercibida. Aun así, para el británico George Romney (1734-1802) fue el personaje predilecto a la hora de retratar a quien fuera su musa, Lady Emma Hamilton. Lo hizo, al menos, en tres ocasiones, y siempre mostrando a la joven en pleno rapto profético. También así la mostró la británica Evelyn De Morgan (1855-1919) en una tela de estética prerrafaelita con una Troya fantástica y medievalizante como telón de fondo. En escultura destacan las aproximaciones al personaje debidas al alemán Max Klinger (1857-1920), cuya fuerza, ya estén realizadas en mármol o en bronce, reside en los ojos.

Otros artistas han preferido mostrar el momento de la violación en el templo de Atenea. En su tela *Áyax y Casandra*, el británico Solomon Joseph Solomon (1860-1927) pintó al héroe abandonando el santuario con orgullosa suficiencia y portando sobre su hombro a la profetisa, quien desesperadamente extiende los brazos hacia la estatua de la diosa, cuyo socorro suplica. El francés Aimé Millet (1819-1891) mostró el momento previo al rapto en su *Casandra implora la*

protección de Palas, una escultura de refinado neoclasicismo en la que se ve a la joven abrazada a la estatua divina. Aunque también neoclásico, el francés Jérôme-Martin Langlois (1779-1838) se acerca al Romanticismo en una pintura de gran fuerza dramática en la que Casandra no solicita ya la intervención de Atenea para protegerla, sino para vengarla, una vez la violación se ha consumado.





Arriba, Lady Emma Hamilton como Casandra *(colección privada)*, de *Rommey, uno de los más importantes retratistas de la alta sociedad británica de la segunda mitad del siglo XVIII. La profetisa aparece con la cabeza coronada de laurel, la planta de Apolo. Abajo,* Casandra implorando la venganza de Minerva contra Áyax *(Museo de Bellas Artes de Chambery)*, *de Langlois, obra de estilo neoclásico que destaca por su eficaz uso del claroscuro.*

EL DELIRIO A TRAVÉS DEL CANTO

Casandra aparece en numerosas óperas que tienen como escenario la guerra de Troya, pero siempre jugando un rol secundario. Es el caso de la *Dido* de Francesco Cavalli (1602-1676) o *Los troyanos* de Hector Berlioz (1803-1869). Como protagonista aparece en la cantata de Benedetto Marcello (1686-1739) *Casandra*, una partitura sorprendentemente moderna, sobre todo en lo que se refiere a una línea vocal que, sin renunciar al virtuosismo propio de la escuela italiana, plasma sensaciones muy diversas, desde la rabia y el terror hasta la felicidad.

Mas han sido los compositores contemporáneos los que mejor han sabido reflejar las luces y sombras del don profético de Casandra. Partiendo de versos de Esquilo, el grecofrancés Iannis Xenakis (1922-2001) compuso su propia *Casandra*, en la que un barítono obligado a cantar en el registro más agudo expresa el estado de delirio de la mujer a la hora de hacer sus profecías. El protagonismo de la percusión acrecienta el carácter bárbaro y alucinado de la obra. Innovadora es también la propuesta del suizo Michael Jarrell (n. 1958), cuya *Casandra*, para actriz y conjunto instrumental, recupera el género del melodrama (una acción teatral declamada con fondo musical). En este caso, el texto parte de la novela homónima de Christa Wolf, cuyo carácter expresionista y claustrofóbico es acentuado por la música, aunque haya espacio aquí también para pasajes extrañamente extáticos que cautivan por su magia sonora.

La huella de la infortunada hija de Príamo se extiende a la música popular con la *Cassandra* del grupo sueco ABBA, una canción que resume los puntos esenciales del mito en boca de alguien que reconoce no haber creído los augurios de la joven: «Lo siento, Casandra, no creía. Tú realmente tenías el poder. Yo solo lo vi como sueños que tú podrías tejer».

Índice